

EL MUNDO.

TOMO II

MEXICO, AGOSTO 28 DE 1898

NUMERO 9



Sr. General Lic. Carlos Diez Gutiérrez,
Gobernador de San Luis Potosí.
✦ el 21 de Agosto.

LA SEMANA

Tristes nuevas nos ha comunicado el telégrafo esta semana. Una existencia más, consagrada al bien social, se ha extinguido.

Don Carlos Diez Gutiérrez, jefe del Estado de San Luis y eminente figura del partido liberal, fué en la entidad que gobernaba fiel y afortunado representante de los anhelos de reconstitución social y de adelanto.

Luchó como soldado, y como hombre de administración siguió la ruta abierta a los destinos de la Nación por su Jefe Supremo; dió nuevos impulsos á las aspiraciones de la época y cimentación á las conquistas de la paz y el trabajo.

La gratitud popular fué elocuente en sus demostraciones, impregnándolas con suaves perfumes de amor y piedad. Veinticinco mil dolientes siguieron el cortejo que conducía el cadáver á su cripta bizantina del Saucito, y la honda emoción del pueblo atestiguaba que no eran aquellas las pompas fúnebres decretadas por el duelo oficial en honor de un gobernante, sino el homenaje justo y espontáneo que se tributa á un ciudadano grande y benemérito.

En materia de convencionalismos estamos como el primer día, peor aún; porque al fin las tribus merodeadoras de los tiempos prehistóricos nos aventajaban en la superioridad de una virtud que hemos perdido, ó poco menos,—la sinceridad. Tenían, como nosotros, el culto de los héroes, aceptado; pero eran héroes *inmediatos*, parientes ó benefactores directos de los oficiantes; adorábanlos en recuerdo, en efigie, en su túmulo y á veces en su mismo hogar entre las reliquias de su vida, que acá para inter nos, no era siempre de lo más ejemplar.

Así iban las cosas, hasta que cambiando los tiempos, nuevos vínculos de raza y otro medio físico, hacían á un lado los primitivos semidioses, suplantándolos otros de factura más moderna y proezas más relacionadas con las condiciones existentes.

Ese es el mundo y no queremos creerlo; nos empeñamos en clavar sólidamente sentimientos que pasan, atribuyéndoles una perpetuidad imposible.

No estoy reñido con el culto de los hombres extraordinarios. Culto he dicho y tentado estoy de rectificar, porque el *culto* supone una creencia y un amor: creencia bien difícil en tiempos de libre examen y amor muy débil si se reparte á prorrata entre los grandes paladines de la humanidad.

Cada hombre tiene su capilla y en ella los ídolos que adora; pero la vehemencia de este celo religioso está en razón inversa de la distancia y directa de la semejanza moral.

De cien mexicanos, creo que noventa y nueve, nueve décimos, se interesan más por el mítico Homero que por el auténtico y autóctono Netzahualcoyotl puesto al alcance de los menos políglotas por el Sr. D. Joaquín Pesado.

¿Y diré sin que se ofendan los hiperestésicos que S. M. Cuauhtemoc, celebrado anualmente en clásico *nahuatl* por dos ó tres filólogos no enardece tanto como fuera de desearse nuestro ya caldeado civismo?

Yo admiro, como todos en esta tierra, la egregia figura del guerrero azteca; pero desearía que lo admiráramos en español, aunque esto sea menos aparatoso y académico.

O al menos,—ya que el idioma nacional y corriente se juzga impropio de la majestuosa solemnidad,—¿por qué no se reparte entre los asistentes traducciones de los discursos, para que cada uno, al mismo tiempo que se deleita con la musical peroración *mexica*, pueda ir leyendo en su libreto lo que dice el sibilino orador?

Sé de alguien que se propone poner á la venta, anualmente con toda oportunidad, *libretos para la fiesta de Cuauhtemoc*.

¿Qué es una huelga? No cabe ciertamente en la rigidez de una definición doctrinal la ruidosa y pintoresca multitud que inundó la Avenida Juárez el martes último.

Menos aún podía decir lo que es un *huelguista*. Un huelguista es... todo el mundo, en México; es decir, los incontables callejeros que se hallan siempre dispuestos á desviarse de su camino, á

olvidar sus ocupaciones más urgentes para seguir á un grupo, á donde quiera que este grupo se dirija, para silbar, gritar y apedrear siempre que haya una ocasión propicia...

Un centenar de operarios resuelve suspender sus trabajos mientras se decide esta ó la otra cuestión de salarios, y se encaminan á las oficinas de la empresa para zanjar la diferencia.

Un economista objetaría al movimiento de los huelguistas que por mucha razón que tengan, más pierden que ganan, abandonando sus tareas, pues aún en el caso de que el arreglo sea satisfactorio, sobre ellos cae el déficit del tiempo que no trabajan.

Pero la gente que encuentran al paso, piensa de otro modo, ó mejor dicho, no piensa: siente la necesidad del alboroto, y abandonada al instinto de motinero latente, allá va, empujada por impulsos irrefrenables, inconscientes.

Silbar, gritar mueras ó vivas, arrojar piedras... Y ese es el ciudadano de una augusta democracia; el eterno revoltoso que, á tener voz política, pediría una Constitución que aboliera la policía.

Todos los que por falta de una iniciación suficiente en los misterios del reporterismo, leen con seriedad las notas escandalosas de los diarios, creen á estas horas que la sociedad mexicana está desquiciándose, y que las virtudes femeninas más excelsas, el pudor y la sumisión, no existen ya ó desaparecen violentamente.

Ahoguemos el pesimismo y fuera temores: el peligro de las señoritas raptoras no es tan inminente como se cree; la seguridad personal del sexo que suponíamos amenazado, no sufrirá los ataques gravísimos que tanto nos habían preocupado.

Por un exceso de celo profesional, los reporters, olvidaron decir que el último rapto anti-masculino, tenía por ejecutante á las mismas protagonistas de anteriores fechorías. Dos, sólo dos, son las señoritas raptoras, y según mis noticias, la última empresa que acometieron, salió fallida, gracias al valor y sangre fría de la víctima, discretamente designada por iniciales y algunas señas características en los reportazgos.

No estamos en el caso de recurrir á medidas extremas; para dos raptoras el remedio es de fácil aplicación, aun suponiendo tan recalcitrantes á las entusiastas *feministas* que no sean con ellas eficaces los recursos de un tratamiento doméstico.

Aunque no seas sino por honor del sexo emprendedor y aventurero, consigno con júbilo que no son siempre ellas las que reclaman la iniciativa de la aventura: la que corrieron dos colegialitas escapadas con un joven imberbe, supone en éste facultades excepcionales que restablecen el equilibrio social.

Para un raptor hay cárceles; pero ¿qué castigo merece el hombre que se deja *raptar*?

Deslízase el raudal de los delitos más violentos á nuestra vista, sin que sean parte á sorprendernos ya ni su número ni la atrocidad que los particulariza.

Un hombre, un lépero cualquiera, insulta á una mujer joven y bella cuyo hermano reclama excusas por la ofensa; y cuando vuelve la espalda, disgustado del soez galanteador, siente un golpe brutal y cae asesinado.

Y este hombre dominado por instintos que horripilan ir á ante un jurado, se debatirá el hecho prolijamente, con argucias sutiles por parte de la defensa, y los señores jurados, olvidando el sentimiento de la solidaridad social, perdonarán acaso una vida que sólo pueden conservar la piedad extraviada y las preocupaciones de una filantropía tan incomprensible como peligrosa.

Y en tanto que los señores asesinos riegan con sangre inocente las calles de la Capital, llegan de los Estados remotos, narraciones de increíbles perversidades. El siglo acaba y aún se perpetúa la fisonomía del bárbaro encomendero en los amos y los capataces de las haciendas. El indio ha sido sustituido por el *enganchado*, á quien con amaños y promesas se arranca de su tierra y en otra lejana, inhospitalaria y cruel, se le esclaviza, se le apalea y se le mata de hambre. Ni las mujeres escapan de la ferocidad de los explotadores del hombre-acémila de nuestros campos.

Y nuestras leyes humanitarias son impotentes

y la acción protectora de los gobiernos no llega á donde imploran su justa intervención los miserables y los desamparados.

No hay rigores que valgan contra el malhechor que esconde sus crímenes en los abruptos picos de la montaña, guarida legendaria en donde anidan, ausentes de la civilización, supervivencias de un pasado ensombrecido por todas las barbaries de la colonia brutal...

Dick.

Política General.

RESUMEN.—El protocolo de la paz.—La crisis española.—Convocatoria de las Cortes.—El Ministerio Sagasta ante la representación nacional.

Aceptadas por España las bases de la paz en protocolo firmado por M. Cambon en representación del gobierno responsable de la monarquía española, preparáranse en Washington y en Madrid á dar todas las instrucciones necesarias á los comisionados que han de arreglar la manera de cumplir con alguna de las prescripciones señaladas en el mismo protocolo. Por una y otra parte se han nombrado ya los miembros que deben constituir el comité internacional, que determine puntualmente de qué modo se han de retirar y en qué tiempo, las tropas que guarnecen Cuba y Puerto Rico; de qué modo las guarniciones de las principales plazas en las Antillas han de abandonar sus puestos en donde hicieron guardia durante toda la guerra de insurrección, y donde permanecieron con el arma al brazo esperando las fuerzas invasoras. Ocúpense ya también los gobiernos español y americano, en buscar las personas distinguidas á quienes se confiará la alta misión de concluir el tratado definitivo de paz, á quienes corresponde principalmente, determinar la cuestión filipina, en donde aparece más de un punto obscuro, á causa de acontecimientos supervinientes después de firmado el protocolo.

No había recibido el jefe americano que dirigía el sitio de Manila, ni podía haber llegado á su conocimiento en tiempo oportuno la suspensión de hostilidades, cuando lanzó las fuerzas combinadas de mar y tierra sobre la capital del Archipiélago filipino en donde por más de tres meses, falto de auxilios y en situación desesperada, se había sostenido el General Augusti. Comenzó el bombardeo por la escuadra de Dewey sobre las fortificaciones de la ciudad amurallada; cuando callaron los cañones de las fortalezas, lanzáronse al asalto los regimientos del Gral. Merrit, y aquella guarnición heroica que había resistido por tanto tiempo, sola y desamparada, sin tener recursos, sin esperar auxilios, tuvo que sucumbir á fuerzas superiores. Una capitulación honrosa para el General Jáudenes fué el resultado del asalto, y desde el día 13 de Agosto ondea sobre la capital del Archipiélago el pabellón de las estrellas.

Aparte de este hecho de armas que pone á los invasores en posesión de una plaza tan importante, Dewey había iniciado movimientos agresivos contra las costas vecinas, enviando sus cruceros á Ilo Ilo y á Panay, para capturar los cañoneros españoles que allí se habían refugiado y para someter, si era posible, la provincia de las Visaya. Aunque se ha restablecido la comunicación directa con Manila por la vía de Hong-Kong, no se tienen noticias ni en Washington ni en Madrid, del resultado de esas expediciones; y si es cierto que oportunamente se comunicaron las órdenes para la suspensión de hostilidades, los buques americanos, en alta mar y faltos de comunicaciones, no han podido recibir contra órdenes y habrán seguido adelante su misión ofensiva sobre las plazas del litoral.

**

Entre tanto, cediendo á los clamores de la prensa, acatando sumiso los preceptos de la constitución, y queriendo quizá depurar su conducta y librarse de toda responsabilidad en la crisis actual, en que ha habido que sacrificar en medio de angustias terribles una parte del territorio, que ceder al enemigo la isla de Puerto Rico, siempre fiel á la tradición monárquica, que abandonar toda soberanía sobre la isla de Cuba, y que exponerse acaso á una pérdida considerable en el rico archipiélago, descubierto por Magallanes y conquistado por Legazpi, en aquellos tiempos en que el pendón victorioso de Castilla se paseaba altanero por los mares conocidos y buscaba los des-

conocidos para extender el poder de aquel monarca que pudo exclamar: "el sol no se pone en mis dominios," ha convenido el ministerio Sagasta en llamar á la representación nacional para que ella decida los destinos de la patria, antes que sea un hecho el tratado de paz.

Acaba de expedirse por la Reina Regente el decreto que convoca á las Cortes españolas para que reanuden sus labores en el actual periodo de prueba por que atraviesa la monarquía, por propios y por extraños combatida.

Amenazado por dentro con los rugidos del carlismo, que desde las abruptas montañas navarras trata de lanzarse sobre los campos de Castilla; amagado por las huestes del Pretendiente, que aspira á enarbolar su bandera sangrienta, agitar la tea de la discordia y entrar á sangre y fuego y asentarse, aunque sea sobre ruinas, entre las llamas rojizas de la guerra civil, en el trono ambicionado; agitado por las dispersas fuerzas republicanas que aspiran también, aunque sin tener elementos suficientes á derribar la dinastía; compelido en el exterior, por medio de la fuerza abrumadora, á aceptar las bases de unapaz dolorosa, por la que á falta de indemnización pecuniaria de guerra se la exigen sacrificios de territorio á los que difícilmente se resignará el pueblo: el gobierno de España que preside el Sr. Sagasta y que por tanto tiempo ha sostenido bajo su propia responsabilidad moral todas las dificultades de la campaña, todos los trabajos de la organización de los ejércitos de mar y tierra en una lucha tan poco esperada, llama á los elegidos del pueblo para representarlo en las Cortes, á fin de compartir con ellos las dificultades de la situación, acude á la representación nacional después de haber oído la opinión de los jefes de partido, de los caudillos y corifeos, esperando de ellos el apoyo moral y material de que tanto ha necesitado en la tremenda crisis.

No todos han respondido al llamamiento patriótico que les hiciera el Presidente del Consejo. Alguien ha habido como el General Weyler, que á pretexto de un catarro se ha excusado de concurrir, y sin poderlo remediar nos recuerda á la zorra de la fábula. Otros, como el jefe de la minoría republicana, han rechazado toda participación en el asunto, rehuído toda responsabilidad, y remitido su opinión para ante las Cortes reunidas. Algunos, en fin, se han declarado partidarios resueltos de la guerra á todo trance, de la lucha sin cuartel, del sacrificio del país hasta el suicidio, con tal de no aceptar lo que llaman una transacción vergonzosa con el enemigo.

No todos se han mostrado tan implacables con el gabinete liberal. Los correligionarios están listos para la lucha, y cualesquiera que sean sus aspiraciones, se disponen á seguir en apretadas filas al lado de su jefe. El General Martínez Campos se ha colocado decididamente del lado de los que sostienen la conveniencia de defender, por ser irremediable, la solución que Sagasta ha dado á la crisis actual. Silvela, representante de la unión conservadora, la ha aceptado también, prometiendo, sin embargo, levantar la voz en nombre de su partido, cuando llegue la hora de exigir responsabilidades á los que han traído al país á este triste doloroso extremo. Los más, en general, se han lavado las manos, dejando al jefe del ministerio liberal la responsabilidad tremenda de sus actos. ¡Cuánta política en los momentos actuales, en que el país, lo único que exige, es abnegación y patriotismo, guiados por el buen sentido! ¡A qué pruebas tan rudas ha debido sujetarse el esforzado campeón de la España liberal!

Casi simultáneamente se reunirán en la Habana y en San Juan de Puerto Rico, las comisiones para la retirada del ejército, se abrirán las Cortes del reino para resolver la crisis conforme á las previsiones y promesas del Gobierno y se celebrarán en París las sesiones de los representantes de España y Estados Unidos, para formular en definitiva el tratado de paz. ¿Prevalecerá en esa lucha parlamentaria la disciplina que rige á los partidos militantes, y se dejarán guiar los diputados y los senadores por las promesas que algún jefe ha hecho al señor Sagasta? Los gritos de angustia y de dolor que salen de las filas del pueblo, los clamores de pena, los ayes desgarradores de las madres y de los huérfanos que han visto á los pedazos de su corazón destrozados por la guerra, no encenderán los pe-

chos de patriotismo, exigiendo de modo fiero responsabilidades á los ministros y á los jefes militares que han tomado parte en la lucha? ¿Predominará en esa conflagración de intereses, en esa explosión de patriotismo, el sentimiento de fidelidad por la dinastía reinante, de obediencia á las instituciones actuales, de disciplina á las exigencias de partido, sobre los deseos de venganza, sobre la fiebre de represalias que enardece algunos corazones y los lleva hasta rechazar todo avenimiento, y los empuja á querer una lucha sin tregua? ¿Encontrará el Sr. Sagasta el apoyo que necesita para que prevalezca la resignación á que él ha llegado? ¿Podrá convencerse el país, cuando las Cortes aprueben el decreto de indemnidad sancionando las determinaciones del Ministerio liberal, de que por encima de todas las aspiraciones están los fallos inexorables de la necesidad?

Quién sabe! Pero será interesante ver y seguir paso á paso las fases por las que ha de pasar la crisis española, discutida simultáneamente en el seno de las Cámaras colegisladoras en la capital del reino y pesada también y juzgada al mismo tiempo por los comisionados que en París han de acordar el tratado definitivo de paz.

X. X. X.

25 de Agosto de 1898.

BELLAS ARTES

Una Exposición en perspectiva

Tenemos en perspectiva y muy próxima ya, una exposición de artes plásticas en la Escuela N. de Bellas Artes, organizada por nuestro Gobierno para fomento del gusto artístico y para estímulo de los que al noble cultivo del arte se dedican.

Por más que serán humildes los frutos que tal exposición produzca, en razón de que estamos muy lejos de ser un país *productor* en achaques de arte, ella merece toda nuestra atención, puesto que constituye un acontecimiento artístico en nuestro medio, acontecimiento que puede ser de muy benéfica trascendencia, hoy que al amparo de una paz de que por luengos años carecimos, hemos entrado en una era propicia al florecimiento del arte, que nos proporciona elevados y nobilísimos goces, por nuestra creciente cultura reclamados con urgencia.

El Arte, el cultivo de lo bello, es en efecto una necesidad para los pueblos, puesto que las inteligencias han menester, lo mismo que los estómagos, de cierta dosis de alimentos dulces; pero es una necesidad secundaria, sólo atendible de parte de los Gobiernos, cuando las terribles crispaciones políticas ceden el campo á la profética quietud que consigo trae la realización de los ideales y la efectuada conquista de los primordiales derechos de la existencia.

El Arte, para los pueblos, es una necesidad de *perfeccionamiento*, no de *constitución*, y por ende, debe ser *postpuesta* á todas las de esta última índole.

Pero una vez que el edificio está concluido, órnalo el arquitecto con delicados relieves que más á la perfección le acerquen, y no de otra suerte proceden los Gobiernos al tender un pliegue de su manto protector sobre las manifestaciones de la Belleza, tan luego como han cimentado lo *indispensable*. En México ha habido repetidas veces exposiciones de pintura y de escultura, y si bien es cierto que en ellas hemos visto obras de mérito, estas han sido muy pocas, y ninguna verdaderamente notable.

Tal constancia no debe desanimarnos, porque está dentro de las invariables leyes de la sociología, y no acusa, ni mucho menos, impotencia artística de la raza. El arte nacional, nuestro verdadero arte nacional, murió á los golpes de las tizonas conquistadoras que apenas nos dejaron las indispensables ruinas para asentar hoy con fundamento y prueba, que aquél existió y muy adelantado. Trajéronnos los iberos su civilización europea y destruyeron la autóctona para implantar la suya; desdénaron por completo los elementos aprovechables de aquella, como despreciaron y engrillaron la raza aborigen, y diéronse á crear un medio nuevo para una raza nueva. ¿Para una raza nueva?... No, ésta, la criolla, no la presintieron los iberos, y á ello se debe que tan duramente trataran á la raza conquistada, impeliéndola hacia el más completo retroceso y borrando á cañonazos toda huella de sus esfuerzos ascendentes; á ello se debe... ¿por qué no decirlo?... que el transcurso de cuatro siglos haya bastado para que todas las colonias americanas se desprendiesen de España muy naturalmente, como la fruta madura del árbol.

Al sentar sus reales en estas tierras americanas, los españoles entendieron colonizarlas por ellos mismos, previo aniquilamiento de la raza autóctona, de suerte que en el transcurso de los tiempos fueran las nuevas posesiones no colonias propiamente dichas, sino tierras de absoluto dominio ibero y exclusivamente pobladas por iberos. No obstante la agonía que, siempre creciente, fué desde luego patrimonio de la raza india, surgió la raza nueva, la cruzada, la criolla que es la nuestra; muy diferente de la ibera y de la india, con singular amalgama de elementos de ambas, un tanto híbrida y en consecuencia sin personalismo marcado, ni tendencia genuina, ni tradición

homogénea, componentes todas de lo que puede llamarse arte nacional y propio.

El arte hispano, en su trasplatación á esta América nuestra, no sufrió modificación alguna, y fué cultivado con suma negligencia aqueado los mares por que—entre otras causas de menor peso—no llegó á sentirse bastante. Lo que no podía ser de otro modo, dado que el arte es resultado de muchos é ineludibles factores independientes de la voluntad individual, y nunca puede ser ni espontáneo ni arbitrario.

La Religión y el Rey amamantaban al arte por aquel entonces y ellos se encargaron de sostenerle en estas nuevas regiones. Mas, ya sea porque los *españoles de América* fueran hombres más dados al acaparamiento de riquezas pecuniarias que á las cristalizaciones de la Belleza y en consecuencia fueran poco artistas, ó bien que éstos con justísima razón buscaran y encontraran en la Metrópoli mayores glorias para sus talentos; es el caso que las obras de arte que nos legaron, ni son tantas ni tan buenas, como suele pretenderlo un mal fundado orgullo nacional (?).

Una vez alcanzada nuestra emancipación política, todas nuestras energías nacionales concretáronse á constituir la Patria conquistada, y el cultivo del Arte entre nosotros sólo tuvo vergonzantes relampagueos, pues la espada embargó las manos aptas para empuñar buriles y pinceles y la épica gloria de los justos combates, monopolizó las caricias de todas nuestras frentes altas.

Muy poco tiempo hace que la paz nos abriga, y las manos guerreras que tan singularmente han sabido manejar el arado y el martillo hállanse torpes para el tratamiento de la arcilla plástica; los elegidos del Arte siéntense sobre un falso terreno y gimen agobiados por la absoluta imposibilidad de satisfacer por modo inmediato sus altos anhelos y su noble impaciencia.

Es pues tiempo de que la lucha empiece y oportuna es la disposición de nuestro gobierno que motiva estas líneas, pues además de estimular grandemente las energías en acción, ella nos permitirá juzgar del estado en que se encuentran las artes plásticas en México, la cual constancia servirá de punto de partida para los futuros esfuerzos que á ella hayan de dedicarse.

No vamos ya en pos de un arte nacional; somos un pueblo absolutamente nuevo, y estamos obligados á incorporar nos á las tendencias artísticas de los pueblos más avanzados en la materia.

No nos falta espíritu artístico; si la obra ha sido exigua, por obstáculos del medio, no así los esfuerzos aislados y bastantes para demostrar que ese espíritu artístico existe entre nosotros: aun hemos tenido en la época nueva personalidades artísticas claramente determinadas, como Villanueva y Gutiérrez Nájera. (Cito sólo muertos, porque la susceptibilidad suele enmudecer ante la muerte).

Podemos, pues, esperar mucho de los tiempos venideros.

Tropiézase con un obstáculo que habrá de exigir mayores desvelos para el triunfo: la mayoría de nuestra sociedad carece de educación artística.

Es fácilmente comprensible la trascendencia que para el definitivo progreso de nuestro arte tiene tal hecho.

Para el desarrollo material de la tarea artística, es preciso que ésta tenga demanda, y la sociedad es quien la consume; ahora bien, por las mismas especiales circunstancias que he apuntado ya y que presidieron á nuestra constitución social, obligándonos, en asuntos intelectuales, a entrar de súbito en la órbita de adelanto de los pueblos más cultos, dase en México el singular caso de que puede haber eximios artistas en medio de una sociedad artísticamente analfabeta, pudiendo realizarse así positivamente el en otras partes paradójico fenómeno de los *genios no comprendidos*. La adivinación *instintiva* de tal estado patológico de nuestro medio artístico trae consigo el lamentable efecto de servir de consoladora *hinchazón* á muchas insufribles nulidades.

Para normalizar nuestra producción artística es menester esperar que en nuestra sociedad surja y prospere la educación artística y á este fin deben tender los primeros esfuerzos de los amantes del arte.

La exposición de la Escuela de Bellas Artes será un paso en ese sentido, pero es preciso que se la haga una racional propaganda.

Con tal objeto creo ser oportuno iniciando en estas columnas una serie de artículos que preparen al público á la mejor apreciación de los trabajos que en esa exposición se presenten, narrando brevemente las diferentes etapas de desarrollo de las artes plásticas, estudiando someramente las obras maestras que ellas han producido en todos los tiempos y enumerando las poquitas de mérito que nuestro país posee.

¡Ojalá que el público, conociendo á grandes rasgos los vastos dominios del arte, sepa apreciar sus floraciones por sí mismo, sin dejarse sugerir por *pontífices* absolutistas ni por impecables *técnicos*.

Porque si el Arte es uno, múltiples son en cambio sus manifestaciones y procedimientos, y en él no hay más dios que el Arte mismo.

OSCAR HERZ.

A nuestros suscritores.

Con el presente número repartimos el primer volumen de la preciosa novela de Alfonso Daudet, titulada: **CABEZA DE FAMILIA.**



El juicio de Paris.—Cuadro original de Seymour Lucas.



La guerra hispano-americana.—Una bandera de parlamento.

CURIOSIDADES CIENTÍFICAS

Un nuevo alumbrado de luz eléctrica

LA LUZ FRÍA ES EL DESIDERATUM

TEORÍA.

La luz artificial debe acercarse cuanto sea posible á la luz del día: como esta última, conviene que sea difusa y que se reparta uniformemente en el medio que ilumina sin concentrarse en un pequeño foco. Por otra parte, toda la energía absorbida por el aparato luminoso, debe convertirse en luz y no en calor.

La lámpara incandescente no llena estas condiciones: su luz es muy concentrada, produce calor en demasía y en proporción á la energía que absorbe, la fuerza luminosa es insignificante.

**

La revista de "Las grandes fábricas" ha publicado un estudio completo del nuevo sistema de alumbrado que intentamos dar á conocer someramente á nuestros lectores.

Conocidos son los tubos Geissler. Son tubos de vidrio que contienen en su interior gases enrarecidos y son atravesados por una corriente de dos electrodos unidos á los extremos de una bobina de Ruhmkorff.

Al establecerse la corriente los gases encerrados en el tubo se hacen luminiscentes, y la luz que produce es fría.

La transformación de la energía eléctrica en fuerza luminosa efectúase directamente, sin intervención de calor ni de cuerpos incandescentes y en tal virtud el rendimiento del aparato es muy considerable. Por otra parte, la luz se produce en toda la extensión del tubo, de modo que cambiando la forma y dimensiones de este último, se puede hacer que varíe la superficie luminosa.

**

Hasta últimas fechas, los tubos Geissler no habían tenido aplicaciones prácticas porque la luz que emitían era muy débil y todos los esfuerzos empleados en darles una intensidad suficiente habían sido inútiles.

Hace algunos años M. Tesla, con el auxilio de corrientes de gran intensidad y extraordinaria frecuencia, logró comunicar una alta potencia luminosa á los tubos de gas enrarecido; pero su método exigía aparatos muy voluminosos y complicados, y en consecuencia era costosísimo.

Un electricista americano, Mr. Moore, llegó á obtener un excelente medio de alumbrado de estos tubos, valiéndose de aparatos sumamente sencillos. Para comprender el mecanismo y efectos de tales aparatos, es necesario previamente indicar cómo se produce la luz en los tubos Geissler.

**

Emplease ordinariamente con este fin una bobina Ruhmkorff con un interruptor automático de resorte: la intensidad de la luz está en función de la potencia de la corriente primaria, del número de vueltas de la espiral secundaria, de la frecuencia de oscilaciones del interruptor y sobre todo de la rapidez con que se efectúe la interrupción de la corriente en cada período de oscilación del interruptor. A medida que es más violenta la interrupción es más viva la luz; ahora bien, mientras más corta es la chispa entre las corrientes del interruptor, más rápida es la interrupción. Si pues las chispas se producen en el vacío, basta para la interrupción completa de la corriente una distancia insignificante entre los contactos, un tiempo mínimo por consecuencia.

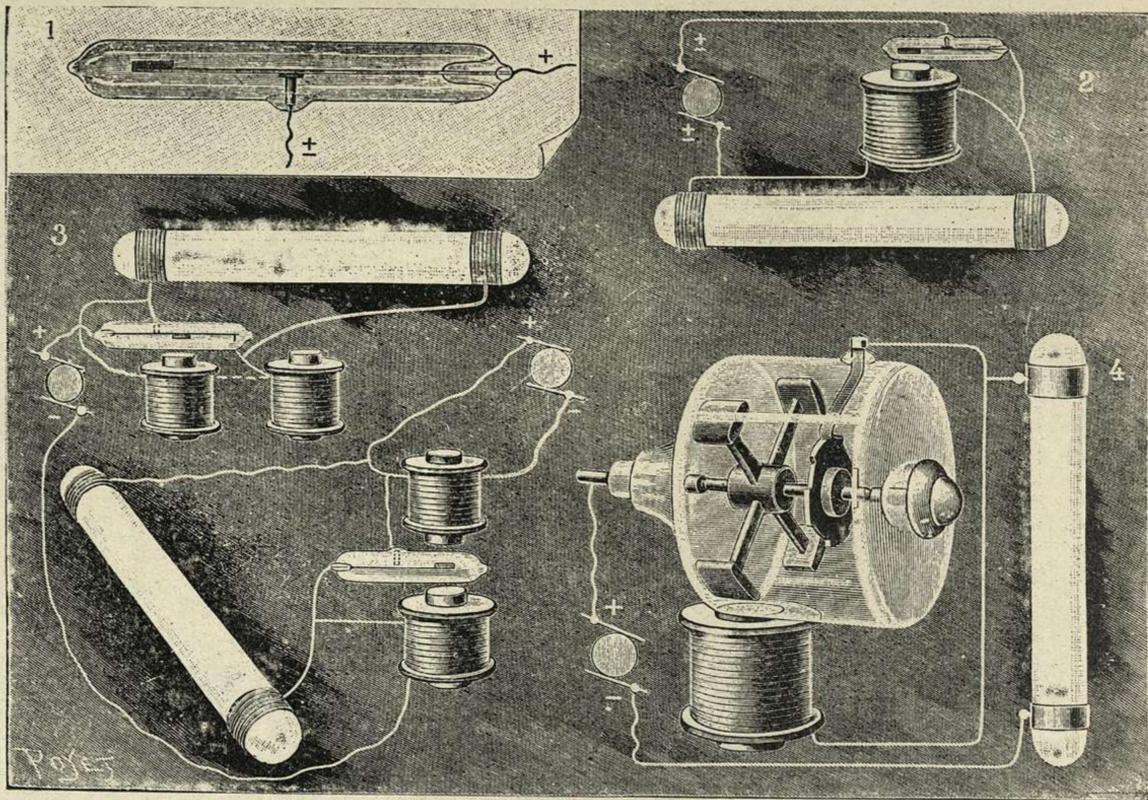


FIG. 1.— 1. APARATO INTERRUPTOR. 2. DISPOSICIÓN GENERAL. 3. OTROS ARREGLOS. 4. INTERRUPTOR OSCILANTE

APLICACIÓN PRÁCTICA.

Mr. Moore realiza esta condición por medio de un aparato representado en la figura número 1. Es un interruptor ordinario de resorte, colocado dentro de un tubo de vidrio, cerrado en sus extremos, y en el que se lleva el vacío al último grado posible. El número 2 indica la disposición del nuevo interruptor en presencia de un pequeño electroimán que produce las oscilaciones. Al ligarse las extremidades del rollo del imán con los dos electrodos del tubo, este último emite una luz blanca muy brillante.

El interruptor que oscila en el vacío constituye el elemento esencial del aparato de Moore. Para que responda por completo á su fin debe construirse con escrupulosa precisión. Tienen gran influencia la longitud y el espesor del resorte, y al mismo tiempo es preciso que el electroimán se escoja con sumo cuidado.

Han sido contruidos otros interruptores más complicados, como se ve en el número 3. Estas dos figuras muestran que se puede unir los tubos no sólo con las extremidades del rollo del imán, sino también con las extremidades de la armadura del interruptor, obteniéndose el mismo resultado (núm. 2). Por último, si un electrodo del vibrador se liga á una de las extremidades de un hilo conductor soldado en el interior del tubo, llénase éste de una luz blanca y lechosa. Pueden emplearse con este fin los globos ordinarios de las lámparas incandescentes: esta es otra aplicación del aparato de Moore (figura 2).

**

Los tubos empleados en el alumbrado no tienen electrodos interiores evitándose así la estratificación propia de los tubos Geissler y aumentando su resistencia y su duración.

Los conductores se enrollan en los extremos de los tubos, cubriéndoles previamente de goma laca mezclada con polvo de aluminio. Mr. Moore ha empleado para el alumbrado de locales amplios tubos de dos metros 30 centímetros de longitud por 44 milímetros de diámetro. Absorben la misma energía que una lámpara incandescente de 16 bugías, es decir, cuarenta watts aproximadamente. No se han hecho aún con toda precisión medidas fotométricas porque es muy difícil comparar la luz de una bugía ó de una lámpara incandescente con la luz del tubo, tan distinta por su calor y su carácter propio.

**

Según las últimas noticias Mr. Moore organizó en New York el mes de Julio último una Exposición de su sistema en un local de diez metros de largo por 4 de anchura. La luz se produjo por medio de siete tubos y el alumbrado era tal que podía leerse fácilmente á favor de él haciéndose fotografías mediante exposiciones de 30 segundos.

El interruptor oscilante se sustituye por uno rotativo (figura 1 número 4) que produce 50,000 interrupciones.

EL CAMPANARIO

DE

S. GERMAN L'AUXERROIS.

Desde hace algunos años vuelven los campanarios á merecer el favor público. Sabido es que muchas ciudades de Bélgica y del Norte de Francia tienen en sus campanarios verdaderas orquestas de campanas que datan de los siglos XVII y XVIII. Por incuria no pocas de esas maravillas se fueron deteriorando, quedando en un estado deplorable hasta que el abate Van Wooreubecek, benefactor de Santa Gertrudis de Lovaina, inició una obra de restauración general en Diest, en Ostende, Oudenarde, Rouders, etc.

El mismo celo se manifestó también en Francia, con esta diferencia, que siendo laicas las municipalidades de este país, la autoridad eclesiástica ha erogado todos los gastos de instalación ó restauración de los campanarios, como se ha visto en Dax, Pontnain, Cambrai y Valenciennes. Una excepción á esta regla es la municipalidad de París la cual votó los fondos necesarios para la restauración del campanario de San German l'Auxerrois.

Ciertamente, este campanario es una obra soberbia y en tal virtud no era mucho que se gastara en él 5,000 francos á duras penas obtenidos del Ayuntamiento por el arquitecto municipal.

**

Las campanas instaladas en la torre de San German son treinta y ocho, ocupan un lugar considerable y pesan 10,000 kilogramos: la mayor que da la nota *do* pesa 2,000 kilogramos. He aquí las dimensiones de las notas principales:

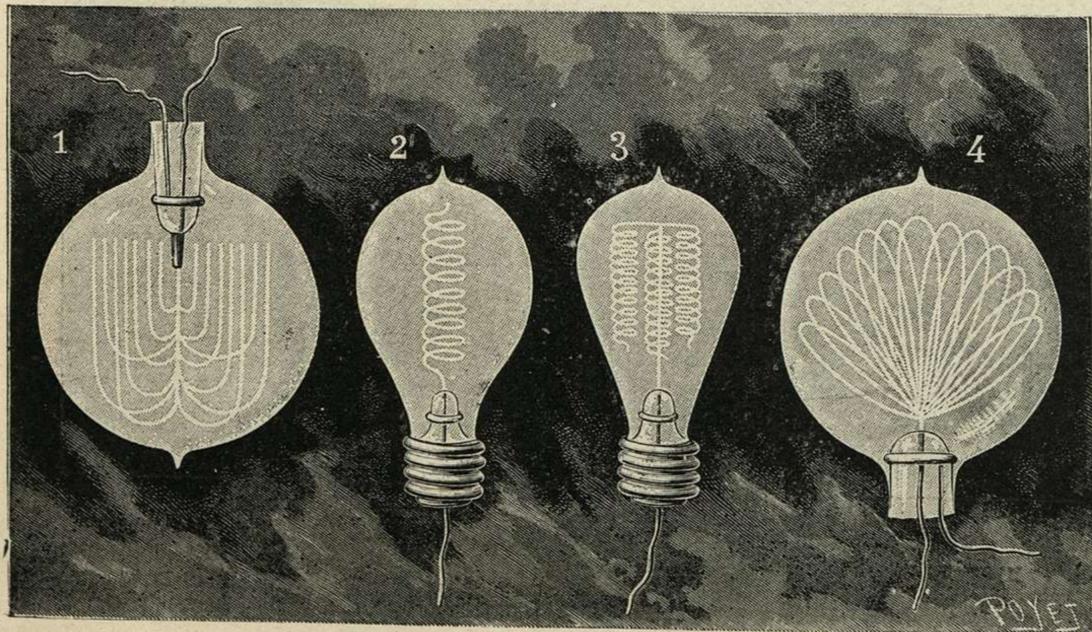


FIG. 2.— LÁMPARAS INCANDESCENTES MOORE.

Notas y número de orden.	Diámetro.	Peso.
1 Do	1m.50	2 000 kilogramos.
2 Re	1m.25	1 500 "
3 Mi	1m.20	1,000 "
4 Fa	1m.15	850 "
5 Sol	1m.05	600 "
6 La	0m.98	450 "
7 La sostenida	0m.92	350 "
8 Si	0m.87	325 "
9 Do	0m.82	250 "
10 Do sostenido	0m.77	225 "
11 Re	0m.75	200 "

Cada nota tiene cuatro martillos movidos por un engranaje de ruedas particular é independiente; sólo la campana mayor carece de martillos, aunque como las otras está ligada á un mecanismo y no toca más que para dar las horas del reloj. En conjunto el campanario consta de 148 martillos con otras tantas cuerdas de movimiento y 152 cabos de martillo.

El toque de las campanas se hace automáticamente ó á la mano: aquel depende de un cilindro de acero de 1m.30 de longitud por 0m.40 de diámetro y 4 milímetros de espesor, con 29 184 agujeros dispuestos en 228 vueltas de espiral. El reloj de la torre se combina con él dos veces al día, á las once y á las cuatro, y pone en movimiento un sistema de ruedas que hace girar el cilindro guarnecido de puas que corresponden á las diversas piezas de ejecución. Estas son tres á la fecha: la *marcha de Turenne*, de Lulli, el *Tambourin*, de Rameau y una *antigua canción francesa*. La cadencia de estos aires corresponde al 76 del metrónomo, y en valores de campanas representan respectivamente 320, 224 y 120 unidades.

Será muy fácil cambiar las piezas á voluntad dándoles nueva colocación á las puas ó poniendo otras nuevas. Cada una de ellas se compone de una parte exterior de siete milímetros más ó menos; al pasar, levantan las palancas que corresponden á la nota que ha de sonar. La palanca pone en movimiento las ruedas de su campana, levántase el martillo y da un golpe. Hemos dicho que el mecanismo de cada campana pone en acción cuatro cabos de martillo. La disposición en que se hallan éstos ante los dos lados de la campana es tal, que uno de ellos está siempre dispuesto para dar el golpe, dos en preparación más ó menos avanzada y el último en reposo.

En virtud de ese arreglo, el campanero que ejecuta en el teclado del campanario puede tocar piezas rápidas. Los grabados permiten al lector darse cuenta del conjunto pintoresco del mecanismo que describimos.

**

La ejecución artística se obtiene por medio de un teclado absolutamente semejante al de un piano. Todo lo que se necesita es alguna fuerza para herir las teclas. Estas son 46, de las cuales ocho no corresponden á ninguna campana y una pone en acción el rodaje del *do* más grave que no tiene baterías de martillos. El campanero puede utilizar, pues, 37 teclas y ejecutar las piezas que permiten: la misma nota es susceptible hasta de cinco repeticiones por segundo. Las teclas obran sobre las palancas del mismo modo que las puas del cilindro.

**

El conjunto del sistema es extremadamente voluminoso y tiene 20 metros de altura sobre una superficie de 10 metros cuadrados, lo que hace un espacio de 200 metros.

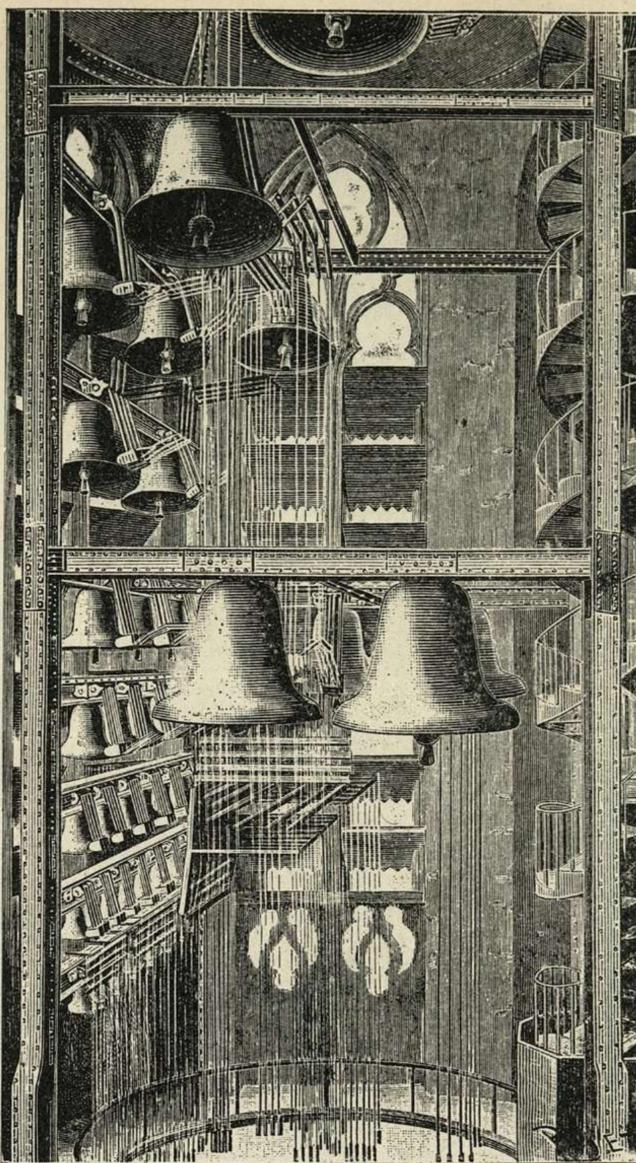
La instalación es única en su género. El campanario de San Germán fué acabado en 1878, habiendo tardado su construcción quince años. El mecanismo es obra del relojero M. Collin, quien antes de presentar el sistema definitivo, hizo numerosas experiencias ante una comisión formada por M. Ballu, arquitecto promotor de la idea; M. Chaix d'Est Ange, el músico Bozzozzi, M. Barker y M. Lepante. Los parisienses no han podido apreciar su hermosísimo campanario, porque apenas construido se abandonó, emudeciendo durante veinte años. La obra de restauración quedó oficialmente consumada el 7 de Julio último.

**

Para dar una idea del valor de la joya que guarda la torre de San Germán, diremos que el constructor Collin, recibió por su trabajo 79,960 francos; casi igual suma cobró el fundidor de las campanas, y el barómetro, el termómetro y el reloj de la torre, costaron 27,000 francos. Los 200 000 francos que suman estas cantidades y el costo de la torre, construida ex profeso para el mecanismo descrito, nos indican las probabilidades que tendremos de ver y oír algo parecido si no nos tomamos el trabajo de cruzar el Atlántico.

BISMARCK ESTUDIANTE.

Fué en la Universidad de Goettinga en donde el joven Otto de Bismarck se matriculó por vez primera. Era en aquel entonces un rapaz bien parecido, de cabellos rubios ligeramente rizados y ojos claros y profundos que se agitaban constantemente en su rostro inmóvil, pareciendo recoger y conservar fielmente todo aquello que veían, —en contraste patente con esa inalterabilidad del semblante que es un rasgo al parecer congénito— reflejaba en ellos toda la vida del alma, toda la vida de pensamiento y de volición, con una intensidad de expresión notable. Ya entonces apreciábase la misma armonía de líneas que distinguieron más tarde las facciones del Canciller Imperial; facciones notables por su simetría bilateral, por



Campanas y batería del campanario de S. Germán.

la amplitud de la frente, la forma delicada de la nariz, de ventanas bien arqueadas, y la barba cuadrada firme y poderosa, verdadero rostro de titán al cual el grabado y la caricatura han popularizado bastante y mucho tiempo ha, para dispensarnos de insistir.

Por aquel entonces, un crecimiento demasiado prematuro había casi espiritualizado las facciones del estudiante, á quien sus profesores han representado como á un muchacho de estatura y flaqueza extrañas. La vida del estudiante Otto de Bismarck, por lo demás, fué la de todos sus iguales: la vida de colegial afecto á disputas y camorras que dejaban poco tiempo para el estudio y que á poco más, habrían comprometido seriamente su ingreso á la carrera á que fué dedicado. Sin embargo, hay que advertir que no era esta disipada existencia la que satisfacía especialmente sus gustos: Otto de Bismarck, por el contrario, abrigaba ya en esta época un verdadero culto á la naturaleza, al

campo, á las grandes cacerías, y su amor á los animales era tal y tan hondas raíces había echado en él, que prefería muy á menudo la sociedad de sus perros, sus inseparables, á la de sus compañeros de Universidad.

Merece ser contada la historia de su primer conflicto con el Rector de la Universidad, y que demuestra el carácter del joven Otto.

Cuando fué recibido como miembro de la corporación «Hannoveriana» el estudiante creyó de su deber festejar la admisión con un banquete, y así lo hizo. Bebióse aquel día con exageración, como en todas las reuniones de este género, y Bismarck, durante una discusión acaloradísima, arrojó en un momento de exaltación, por la ventana abierta, un frasco vacío. Un transeunte, que sin duda fué herido, quejóse en seguida, y como la frasca hubiese tenido lugar en la misma casa de Bismarck, cerca de las murallas, nuestro estudiante recibió una cita para comparecer ante el Rector.

Estaba aún acostado, cuando la cita llegó á sus manos con la siguiente inscripción:

«Dominus Bismarck»

El joven *dominus* abandonó el lecho, se vistió con una bata, calzóse con sus *kanonenstiefel* (botas de cañón) colocó un cilindro sobre su cabeza, y con tan extraño aparato dirigióse á la casa del Rector, oprimiendo la pipa entre los dientes y seguido de un enorme perro inglés.

El rector, intimidado al ver al animal, parapetóse detrás del escritorio y procedió en seguida á condenar al joven *dominus* á cinco *thalers* de multa, para enseñarle á presentarse en traje más conveniente ante el tribunal académico. Después, durante el interrogatorio, Bismarck empeñóse en probar que el frasco pudo haber volado por sí solo hasta la calle, y pretendió á manera de demostración, hacer tomar igual camino al tintero del Rector, lo cual le valió al cabo, que la pena impuesta se extendiese hasta tres días de calabozo; pena que sufrió en seguida el *dominus*.

Después de este acontecimiento, las visitas de Bismarck al calabozo hicieronse más frecuentes; pues él mismo pretende haber pasado hasta diecisiete días en el encierro, tanto en Berlín como en Goettinga.

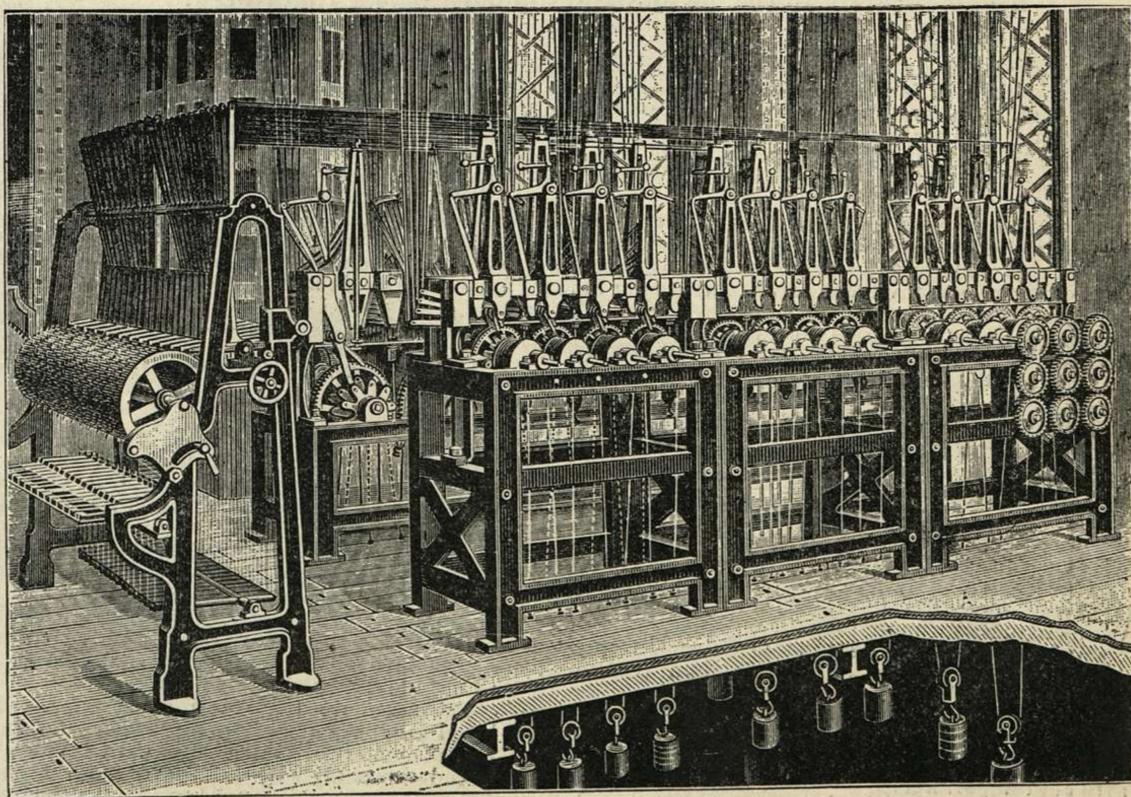
Sea lo que fuere, todavía se ve en Goettinga una puerta de calabozo en que el nombre de Bismarck aparece bastante legible; se debe sin embargo agregar que por haber transcurrido desde entonces la friolera de setenta años, algunos biógrafos han emitido dudas respecto á la autenticidad de este documento.

Nuestros Grabados.

El General Lic. D. Carlos Díez Gutierrez.

Publicamos en la primera plana de nuestro semanario el retrato del Gobernador de San Luis, cuya muerte, acaecida el último domingo, puso fin á una enfermedad que probó con los más duros y agobiadores padecimientos durante un mes consecutivo la resistencia del distinguido potosino.

Nuestros diarios han dado una información pormenorizada acerca de los funerales del Sr. Díez Gutierrez y de la inhumación del cadáver en la elegantísima cripta bizantina que posee la familia en el Saucito santuario situado á inmediaciones de la ciudad de San Luis Potosí.



Teclado, cilindro y mecanismo del campanario de S. Germán.



Una partida de ciclistas americanas en Inglaterra.

Al día siguiente de la defunción, fué conducido el ilustre muerto á la Sala de sesiones de la Legislatura del Estado, convertida en capilla ardiente, y allí se le tributaron los honores oficiales que como Gobernador le correspondían, y acto continuo una comisión nombrada por la familia cerró el féretro, llevándolo á la Catedral.

Solemnes fueron las ceremonias eclesiásticas presididas por el Obispo de San Luis y presenciadas por una concurrencia aristocrática, compuesta exclusivamente de personas invitadas privadamente por la familia del difunto.

De la Catedral partió el cortejo seguido de una multitud que según dicen los telegramas llegaba á veinticinco mil almas y que acompañó al cadáver hasta el Sarcóforo.

En este lugar esperaba ya el Obispo de San Luis para pronunciar las últimas oraciones en el momento de la inhumación.

El juicio de Paris.

Es graciosa por la ironía esta infantil escena en la que Paris, —un Paris rorro— adjudica la manzana de la eterna discordia femenina, á la más bella, —una Venus inocente y molettuda.

Notarán nuestros lectores la predilección nuestra por los grabados artísticos que tienen por asunto episodios de la infancia.

“El Mundo Ilustrado” pretende ante todo, ser una publicación para el hogar, y á esa mira ajustamos la elección entre los más bellos y acabados modelos del arte contemporáneo.

Una bandera de parlamento en el Caney.

No hubiéramos insistido más en dar grabados con asuntos de la última guerra, si el que hoy ofrecemos

á nuestros favorecedores no llevara un sello peculiar que lo hace digno de figurar en las colecciones.

Representa la primera embajada de paz, después de los episodios cruentos del Caney en los que por una y otra parte hubo heroismos nobilísimos y pérdidas de consideración.

Nuestro grabado es en cierta manera simbólico, y muestra cómo en las crisis más intensas de los sentimientos humanitarios de nuestra civilización, sobrevive y florece opulento y perfumado el instinto del bien social y de la fraternidad humana.

Una excursión de ciclistas norteamericanas.

Desde que la bicicleta ha llegado á ser el sport favorito, se multiplicaron las aventuras, audaces unas, y otras divertidas, de las que el ciclismo es móvil y aliciente.

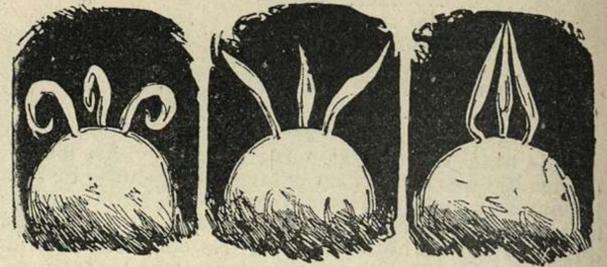
Libros enteros se han escrito de viajes en bicicleta á través de todos los países civilizados.

Una joven norteamericana llegó hasta á publicar en un conocidísimo Magazine, largos artículos en los que exalta á sus compatriotas á recorrer los antiguos países europeos en bicicleta, insistiendo en la baratura de la expedición y sus atractivos.

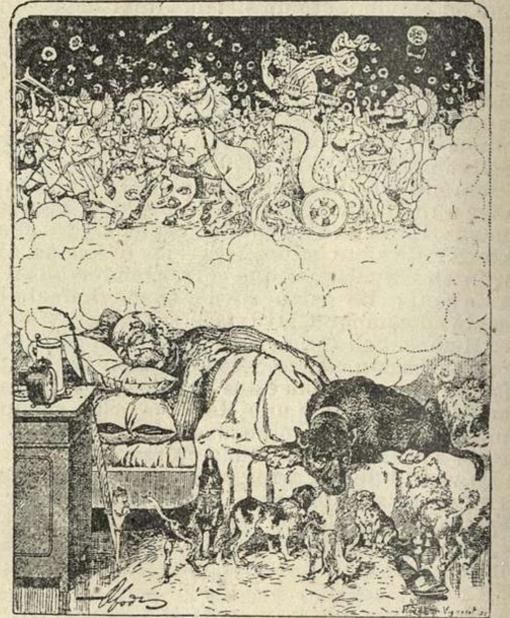
Naturalmente Inglaterra es el país predilecto de las misses para sus viajes de recreo y fatiga, y ya las últimas aldeas británica miran sin asombro á las emprendedoras hijas de la América del Norte cruzar sus calles solitarias y perderse en las lejanías del horizonte.

LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO.

BISMARCK.



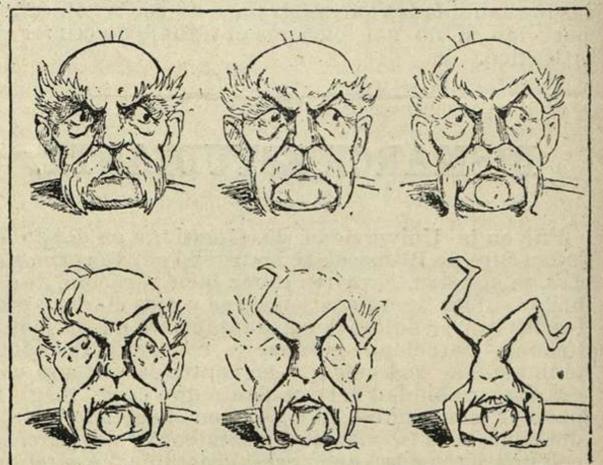
Buen tiempo. Variable. Tempestad.
LOS TRES CABELLOS DEL GRAN CANCELLER.
(Kladderadatsch, Berlín).



EL SUEÑO DE BISMARCK.
Cuando corrió el rumor de que el ex-canciller volvería á sus antiguas funciones, soñó que se le recibía triunfalmente.
(Strehoza, San Petersburgo, 1891)



DESPUES DE LA RECONCILIACIÓN
El príncipe deja crecer cuatro cabellos para que formen la inicial del Emperador—W.
(Der Floh, Viena 1891.)



Lo que puede verse en la cara de Bismarck.
(Por Moch)



CAPRICHOS.

VE A LA ESGUELA!.....

El niño salió temprano, después de haber recibido el beso maternal sobre la fresca mejilla. Salió calladamente, alegre, contemplativo y risueño, mirando, con fijeza distraída, cómo pendece en el horizonte el rosicler de la mañana. El aire estaba fragante y sacudía entre las cinceladuras del follaje los primeros rayos de sol. Aquí los estambres de las enredaderas temblaban con la lluvia de cristal del rocío. Los pájaros salían, en puñados, de las copas húmedas y se desgranaban á la vera del camino. El muchacho caminaba, pensando, como el Dios bíblico, que lo criado era bueno. Y seguía su marcha con lentitud y uniformidad, seguro de que iba á ser delos primeros en sombrearse bajo la vieja portalada, en espera de que el semblante rugoso del dómine, asomando por el entreabierto postigo, anunciara la hora de la clase.

Estaba decidido, lo había jurado *in petto*, mientras, en pié, junto al sillón de la abuela, mudo, arrepentido, tembloroso, en lucha íntima con las lágrimas rebeldes, sentía la seca mano de la anciana posar sobre su cabeza, en delicada caricia, como se posa un ave en el nido, y oía la voz dulce, suplicativa, con entonaciones de plegaria, decir el tierno estribillo: hijo, sé bueno; ve á la escuela!

Y sí que iría! Buenos eran los amigos para impedirlo! Nada; ya no más ver la cometa incrustarse, susurrando en el azul del horizonte; ya no más arrojar la peonza sobre el terrado para que su vértigo levante microscópicos torbellinos de polvo; adiós iris de las canicas; adiós, ave del paraíso de la raqueta!

El muchacho va palpando con dichosa fruición

la bolsa de los libros; allí la lleva; en el mismo sitio donde los guerreros y los trovadores de sus cuentos, llevaban la espada y el laúd. Ahora está seguro; la noche anterior, al concluir el rezo, había preparado la lección, y casi resuelto el problema de aritmética, planteado, después de larga meditación por el sabio vejete de la escuela.

¡Qué hermoso día! La luz clara, virginal y fresca, se filtraba por todos los poros del alegre caminante, hasta llenar su alma de resplandores y alumbrar interiormente aquella cabeza pensativa llena de números y preceptos científicos.

Llegó á la aldea, á buena hora; pasó junto al ábside del templo, en cuya cornisa destartalada las golondrinas que charlaban, reconociéndole, abrieron las alas azules; y él creyó que le decían: vamos, amiguito, á la escuela. Torcía las

callejas, saludaba á los transeuntes, andaba listo, radiante, con el cuello erguido y la gorra levantada, para que pudieran ver en su frente la estrellita del estudio.

Poco faltaba, cien pasos á lo más, cuando de la plazoleta vecina salió una explosión de risas chillantes y de gritos agudos; un traqueteo de chiquillería desenfundada. Y el buen muchacho se detuvo bruscamente como si algún obstáculo invisible le impidiera el paso. Había reconocido á sus camaradas, á su traviesa banda, á su cuadrilla regocijada.

* *

El era del enjambre, y de pronto, una ola de deseo, viva, furiosa, enérgica, se levantó en su pensamiento, y el joyero de la memoria, abierto de par en par, le presentó las riquezas de los días felices, hurtados al rincón obscuro de la escuela. al pupitre raspado, al tintero que se volcaba sobre la banca grasienta, al libro que se despazaba echado perezosamente en la palma de la mano, al rostro de abate irascible del maestro. Aquellas risas, aquellas exclamaciones, aquellos gritos eran la música arrulladora de placeres queridos; le hacían ver llanos empapados de sol; árboles cargados de frutas, zanjas de agua verdosa, colinas escarpadas y en todas partes, la banda de chicuelos colgada de las ramas, bañándose en los arroyos, apedreando á los pájaros, persiguiendo á los reptiles.

¿Cómo fué que tan luego se hubiese podido destruir la firme catedral de sus propósitos? ¿Qué soplo apagó el incendio de su fé? ¿Qué viento arrasó la pirámide de su arrepentimiento? Un instante de indecisión, un minuto de angustia, un combate de titanes en el reducido espacio de aquella almita, y en seguida... el saludo de un rezagado de la fiesta, los aplausos de bien venido, la discusión de las excursiones, el ejér-



cito en camino, la caravana bulliciosa, corriendo libre y olvidada de todo, á través de las llanuras sin límites y bajo la serenidad de los cielos.

* *

... Cuando el muchacho volvió á la casa, después de cazar nidos, bailar pionzas y aventar el ave del paraíso de la raqueta, se paró, para ocultar su agitación y limpiarse el sudor de la frente

ante la tapia del hogar por donde asomaba un ciprés, que se movía, cabeceando, como mano que amenaza. Entonces él, arrepentido, sintió el zarpazo del remordimiento, y tembloroso, mudo, luchando con las lágrimas rebeldes, al levantar el brazo para tocar la puerta, experimentó sobre su cabeza la sensación de una caricia suave, y escuchó una voz dulce, suplicativa, con entonaciones de plegaria, que cantaba el tierno estribillo: sé bueno, vé á la escuela!...

* *

Así, amiga mía—¿lo ves?—así he sido yo toda la vida. ¡Cuántos propósitos me he hecho! ¡Qué raudal de juramentos he vertido! Voy de prisa hacia la Gloria, hacia el Bien, hacia la Verdad; estoy firmemente decidido y me empeño en seguir adelante. Héme ya en camino, con paso seguro, enérgico, sereno; he prometido á mis ideales, los que me acarician y reprenden, cumplir con los deberes que me han impuesto.

* *

Mas de repente, el eco de una risa, el rumor de un beso, la música de una palabra cariñosa, me detienen; allí están mis camaradas, allí están las pasiones que me dijeron: vuelve; allí está el amor ligero, alado y olvidadizo que cuando pasea conmigo suele ponerse serio; allí están las frágiles estrofas que se rompen, y los ensueños luminosos que se desvanecen; allí están los amigos de un día, la amada de una hora, el placer de un instante... y yo con ellos sin acordarme de mis promesas.

Y cuando vuelvo á tí, encarnación de mis supremos ideales, símbolo puro de mis sueños, llego cobarde, pensativo, y mudo, sintiendo en mi espíritu la caricia de tu mirada, y oyendo en él tu voz dulce, consoladora, suplicativa; sé bueno; vé á la escuela!...

LUIS G. URBINA.

¿QUIEN SOY YO?

I

Fué ya inevitable; él había repetido sus burlas punzantes toda la noche, yo prometí castigarle si reincidía. Repitió su insulto, y en presencia de los amigos, á la salida del Teatro, le abofeteé.

Mucha gente lo vió, entre ellos, su novia. El lance era indudable. Nombró sus padrinos y yo los míos.

Cuando ya en la madrugada me separé de los amigos para retirarme á mi casa, sentí, ¿por qué no confesarlo? un miedo grande, muy grande.

Apresuré el paso; sentía recorrer mi cuerpo un fuerte escalofrío que me hacia estremecer. En las calles desiertas, resonaban mis pasos como en el interior de una caja; hubo un momento en que oí clara y distintamente los pasos de un hombre que corría en seguimiento, de puntillas, por cautela, después, una mano se posaba en mi cuello; me volví violentamente; nadie; y sin embargo yo le había sentido á mis espaldas, corriendo tras de mí. Traté de convencerme de que el ruido había sido causado por un papel que arrastraba el viento por las baldosas de la acera. Una silueta se dibujó en la pared, y me horroricé ¡Bah! quizá hubiera sido mi propia sombra; acababa de dejar á mis espaldas un foco de luz eléctrica. Me habría olvidado de que tenía sombra, pero creo que no; aquella era larguísima y flaca, muy flaca.

Para dar vuelta á una esquina fui hasta la mitad del arroyo, el miedo que sentía era de algo indefinido, de algo no, de todo, pero de todo vago.

Me encerré en mi cuarto.

Seguía sintiendo mucho frío, el frío del miedo; parecía que allí en el interior de mi recámara nevaba miedo.

Quise leer, ya arropado en el lecho, para entrar en calor; pero habría necesitado unas ropas de serenidad para calentarme.

Castañeteando los dientes leí algunos renglones. Algo se dibujó en la pared, algo siniestro; lo vi desolado, al volver la cara desapareció; volví á leer, y volví á aparecer *aquello* moviéndose, como temblando; al dejar caer la mano se me ocurrió que podía ser el libro; eso era, ya lo sabía, y aún volví á colocarme en la posición en que estaba, para convencerme de que era el libro.

La vida de la vela se extinguió; lanzó un suspiro de luz, una llanita que se fué, que voló quién sabe á donde.

En la obscuridad de la pieza, había muchas luces de variados colores y figuras azuladas, como violetas luminosas; amarillentas, como lunas; rojas, como gló-

bulos de sangre ígneos; blancas, de todos colores, y varias incoloras. Bajaban en hilillos, como si del techo las arrojaban en cohetes, y atravesando el suelo, iban á estallar en chispas de obscuridad abajo, muy abajo, muy lejos.

Yo quería ver la obscuridad, nada más la obscuridad, y me cubrí la cara y la apreté contra las almohadas, pero los ojos seguían viendo todo aquello.

Después, como en kaleidoscopio, pasaban muchos rostros haciéndome muecas, el de una joven, el de un niño, el de un viejo, el de otro, y otro más, todos viejos pero distintos, y se reían de mi angustia; debo haber estado ridículo en medio de mi espanto; sus carcajadas comenzaban ensordecedoras y se iban amortiguando hasta hundirse en el silencio, pero aún se oía, ya casi *callada*, la del viejo, cuando surgía la de una niña.

Después siguió el silencio y oía yo un rumor sordo, indefinible: el ruido del silencio. El silencio estaba formado por multitud de ruidos, que chocaban y se deshacían. Quería huir de todo, hasta de mí mismo. ¡Oh, mi ideal! poder huir de mí mismo. Pugué en vano por levantarme; parecía de hierro mi cuerpo, y de pronto se alargó mucho, sobre todo las piernas, á lo lejos se veían convertidas en dos puntos las extremidades; ¡que ansiedad! yo quería recojerme; al fin lo conseguí y fué más de lo que yo deseaba. El cuerpo se metió en la cabeza, lo sentí muy bien; entonces podía y menos levantarme; no tenía más que la cabeza que salía de las sábanas; más tarde ya sentí cuerpo, pero un cuerpo de aire. Vino un soplo, no sé de dónde y me impelió; ya estaba en pié.

El cráneo que estaba en mi buró me miraba, así como estaba siempre, sin ojos, pero yo sentía sus miradas abatiendo las mias, y oía la respiración de la maldita cabeza hueca; ya no estaba aislada, tenía su cuerpo, un cuerpo luminoso, fosforescente, que se incrustaba tendido sobre el buró, prolongado en el interior de la pared, era un cuerpo hermoso, formado por líneas, por curvas, nada más por curvas, ni una recta, era de mujer.

Junto á mí se oía un ruido, como si latiera un corazón, pero no era el mío, era probablemente el de la maldita mujer.

En el fondo de la pieza se oyó un golpe; no era el de la puerta, á pesar de todo la abrí, nada, y sin embargo, al volverme ya estaban sentados, esperando á que me arreglase, mis padrinos vestidos de luto.

Entonces me serené. Juro que ya no tuve miedo. Yo mismo me asombraba de mi valor. Bien pronto me encontré en el campo. Apenas había luz. Pasaban los ga-

nados, silbaban las fábricas, ya se ve que podía fijarme en todos los detalles.

Se midieron las distancias, y se nos entregaron las armas... Hicimos fuegos á la señal, y caí sintiendo un dolor en la cabeza.

II

Al despertar, porque aquello sin duda fué despertar me hallé en un cuarto de un hotel; tenía el sello especial que tienen los cuartos de los hoteles. Los ruidos llegaban amortiguados hasta mí, como llegan á la recámara de un enfermo: el toque de oración, la música de un organillo, los gritos de alguno de los vendedores. En casa debían de creer que yo había muerto. Me apresuré á llegar para desengañarlos. Mi madre sufriría mucho en aquellos momentos; era lo que más dolor me causaba, porque yo la amaba mucho, aún cuando ella no lo creía, porque á pesar de las súplicas tuyas yo seguía tomando alcohol y seguía inyectándome morfina...

Las puertas estaban abiertas todas; había mucha luz en mi recámara. Muchas personas estaban sentadas frente á ella.

Mis padres, que se hallaban en el corredor, al verme corrieron á esconderse en su alcoba y cerraron la puerta. ¿Tan irritados estarían contra mí?

En mi recámara alguien rezaba.

En una cama, sobre las tablas desnudas, había un cadáver alumbrado por cuatro cirios. Al verme, huyeron gritando los que rezaban ¿Por qué me huían? Y aquel cadáver ¿de quién era?

Resolví levantar el lienzo humedecido que le cubría el rostro. Aquello era terrible, para volverse loco! ¡El muerto era yo! Es decir, aquel era mi cadáver. Le alcé los párpados, nos vimos, pero nada más, no nos miramos, aquellos ojos estaban tristes, opacos, mudos, muertos.

No sé de dónde me había llegado calma. Le tomé el pulso á aquel cuerpo; no había pulso y estaba frío, rígido, no había duda, estaba muerto, ¡y era el mío! Entonces yo que estaba allí, yo que le buscaba el pulso al cadáver ¿quién era? Y levanté de nuevo el paño de la cara; sin duda, era mi cuerpo.

Mi inteligencia, estaba como una máquina eléctrica en acción, y relampagueaba pensamientos. ¿Éramos aquel cuerpo y yo,—quiero decir el que yo tenía en esos momentos vivo,—dos *sinónimos* materialmente? Yo tenía cabales todos mis sentidos, completo cada uno, luego ¿eran el cuerpo muerto y el que



yo llevaba los de dos personas iguales con un mismo yo, con una misma alma? ¿éramos dos personas distintas y un solo yo? Si yo había muerto, yo quien era?... Y corrí á golpear las puertas que habían cerrado mis deudos, mis dolientes, gritándoles: ábrame, ábrame, ¿quién soy yo? ¡eh! ¿quién soy yo?"

Al fin, se abrió la puerta y dos parientes míos salieron, y luego otros más, y entre todos, ¡valientes cobardes! trataron de asegurarme; me resistí, mas el número me venció. Uno de ellos me dijo, lo oí como entre sueños: "es necesario que se calme usted, vávase." Yo podía atender á todo, en aquellos momentos vivía mucho, pero con esa vida acelerada, palpitante y muriente de los fragmentos de una serpiente acabada de despedazar. ¿Serían los últimos restos de vida, del alma de aquel mi cuerpo muerto, que se había dualizado?

"Bueno, pero ¿yo quién soy? díganme y haré todo lo que ustedes quieran"

Entonces alguien dijo á mis espaldas—¡cuánto siento no saber quien fué!—«está loco,» «está loco.»

Llamaron á un guardia, ese atrajo con su silbato á otro, y otro más, y á muchos curiosos.

Yo seguía preguntándoles: ¿quién soy yo? pero aquellos imbéciles que me creían loco, ya lo habían dicho,—solo procuraban sujetarme.

Mis parientes, ¡siempre los malditos parientes! hablaron algo con el Inspector, y ni él, ni los escribientes, ni los practicantes me quisieron oír; unos, muchos de los curiosos, se reían de mí, y me silbaban, algunos me veían con horror, otros me compadecían.

"Un espejo, un espejo;" grité; se me había acurrido que era lo único que podía salvarme; él si me diría cual era mi exterior.

No me hacían caso, y eso que con piés y manos golpeaba la puerta de mi encierro.

Al fin quizá por ver si me tranquilizaba un poco me llevaron un espejito, de esos de bolsillo ¡al fin iba yo á conocerme! Encendí una cerilla... ¡Qué horror! ¡yo era mi primo! es decir, el cuerpo que llevaba yo, era el del que había dado muerte á mi otro cuerpo, al verdaderamente mío. ¡Caso extraño! yo me había matado, y sin embargo no era un suicida. Aquella mano que entonces era mía, al disparar sobre mi cuerpo, aún no me pertenecía. ¿Y cómo fué aquello? ¡Habíamos muerto los dos, mi primo y yo, y había resucitado su cuerpo, pero con mi alma? Sí, eso debía ser; había habido en los cuerpos una muerte, la del mío, y una separación de alma, la de la suya. En el cuerpo de mi primo, no había habido muerte; se había verificado una suspensión de vida, mientras había estado sin alma, y luego vivía ya su cuerpo, pero con una vida que era mía. ¿Y el alma de mi primo? ¿Habría ido á meterse en mi cuerpo? No: era un avatar, avatar espontáneo, incompleto: aquél cuerpo que yo había visto era un cadáver; no tenía alma; en el fondo de aquellos ojos no la había; me habían visto, como ven los ojos de los retratos, los ojos de vidrio de los muñecos.

Pensé en suicidarme, era el mejor medio de liberar á mi alma; pero reflexioné; después de todo al que daba yo su independencia, porque era el esclavo, era al cuerpo. No, ese no era el medio de vengarme de mi matador, debía yo sujetar á mi cuerpo á muchos sufrimientos. ¡Cómo iba á golpear á mi primo! ¡Cuánto iba ha hacerle sufrir! Hambres, vigiliás, enfermedades, todo lo sufriría con gusto, sólo porque era en el cuerpo de mi matador!...

A la mañana siguiente, tampoco quisieron oírme, "loco, loco" repetían todos, y me trajeron á esta casa, donde—¡no lo saben bien!—me dan gusto, porque me maltratan.

Sólo á veces sufro y entonces si soy yo quien sufro, porque pienso; y si no hay alma, y si todas son manifestaciones de la materia, entonces ¿quién soy

yo? ¿qué me ha sucedido? ¡Oh! pero no quiero pensar en eso; entonces si me volvería loco.

FRANCISCO ZARATE RUIZ.

LOS SONETOS DEL ILMO. SR. DON JOAQUIN ARCADIO PAGAZA, OBISPO DE VERACRUZ.

México, á 24 de Agosto de 1898.

Al Señor Director de EL MUNDO.

Presente.

Muy estimado amigo:

Recientemente llegado de Jalapa, tengo el gusto de enviar á usted un ramillete de las más esquisitas rosas que florecen en aquella poética ciudad: un grupo de sonetos de D. Joaquín Arcadio Pagaza, cincelados como ánforas de plata de Benvenuto Cellini.

Si el mejor poeta clásico es aquel que expresa de la manera más sencilla los pensamientos más sublimes, y así se aproxima lo más posible á la perfección del arte, entendiendo por esta perfección el consorcio del fondo con la forma, del pensamiento con la expresión, de la imaginación con la razón y de la grandeza con la verosimilitud y la sensatez, todo esto combinado con un profundo amor al buen gusto, creo que pocos pueden rivalizar en el género clásico con el árcade Obispo de Veracruz cuyo estilo es la naturalidad misma, cuyo gusto es de una pureza intachable y cuya versificación, fácil y fluida, tiene una armonía, correspondiente al asunto, en extremo delicada.

Lejanos están los siglos de Pericles, de Augusto y de Luis XIV, los tiempos de Platón y Sófocles,—la abeja ática,—de Horacio y Virgilio, de Bossuet, Racine, Molière y La Fontaine, autores de eter. a juventud; pero el clasicismo no puede morir, y más tarde, más temprano, se volverá á escribir imitando la majestuosa antigüedad griega y latina; porque la literatura clásica será, como Ilión, "arrasada dos veces y otras tantas levantada altivamente sobre los mudos caminos."

Eclético por temperamento, pláceme en grado sumo esas hermosas revoluciones que hoy experimenta el arte literario, lo que no empece para que siga siendo constante admirador de la vieja poesía, que ha de perdurar como quedan las estrellas cintilando sobre el terciopelo sombrío del cielo despues de las más gigantescas borrascas, como permanece el manantial, claro y bello, por más que el torrente arroje al cielo el agua encolorizada, como brillaron las blancas alas de la paloma del arca en medio del negro diluvio.

El autor de los sonetos que envío á usted es un devoto admirador de Horacio y su fiel traductor. Hablando con él de los imitadores del inmortal poeta romano, movió la cabeza en ademán de suprema duda, ó, más bien, en señal de la profunda convicción que alienta de que nadie volverá á escribir iguales monumentos para la eternidad:

Exegi monumentum ære perennius

Piensa el Señor Pagaza, respecto de Horacio, lo que éste creía acerca de Píndaro, que rivalizar con él es querer repetir con alas de cera el vuelo de Icaro. Tal adhesión á las cosas antiguas me recordó la de Esquilo, quien, exhortado á rehacer el peán de Tinnico con que solía darse principio á los juegos, "Excelente," respondió, "es este himno y componiendo uno nuevo temería le sucediese lo que á las nuevas estatuas comparadas con las antiguas; pues estas, en su tosca sencillez, son tenidas por divinas, al paso

que las nuevas, más artificiosas, se admiran, pero ninguno descubre en ellas á la Divinidad "

Acaso por tan singular propensión á volver el rostro hacia atrás, abriga el Señor Pagaza tanta fé en su corazón tanta esperanza en el progreso de nuestra literatura; sueña con tiempos mejores y desea ardientemente poderlos revivir, juzgando que México si puede aliar sus concepciones á una forma acabada, y que no le pasará á nuestro país lo que, según una frase célebre le pasó á Egipto, que hizo colosos como los asirios, pero no estatuas como los griegos.

Al poeta de quien hablo sólo se le puede en justicia formular un cargo: el de excederse un poco en la elección de voces y de frases, en el escogimiento de exquisiteces de lenguaje; pero hay que decir en su abono que tal esmero y semejante artificio no le hacen perder la dulzura y gracia virgilianas de su estilo, ni la naturalidad de ideas y propiedad de expresión que traen á la memoria las elegías de Ovidio, ni su ingenio y gusto horacianos, ni la música de los sonidos espondáicos y dóricas melodías que se escuchan siempre en el curso majestuoso de sus endecasílabos.

El autor de los "Murmurios de la selva" canta en los sonetos que entrego hoy á la publicidad el cielo del Estado de Veracruz, lavado por continuas tempestades; canta el Papaloápan, que besa las deliciosas riberas de Tlacotalpan, haciendo rodar sus aguas claras, azules y profundas, entre el gorjeo de las aves que desgranán su gama de notas argentinas; canta el cerro de Macuiltépetl, que toma tintes color de malva bajo la lluvia de oro del sol de Jalapa, cuya luz dora los caminos poblados de valles de flores y de rosales; canta las perfumadas noches de los trópicos que dan vigor al pecho y fortaleza al pensamiento, y todo esto lo canta el Obispo poeta en versos puros como el grumo de cera que rodea las llamas de los cirios de la Catedral jalapeña, como el agua que brota, fresca y limpia, del agrio peñón de la sierra.....

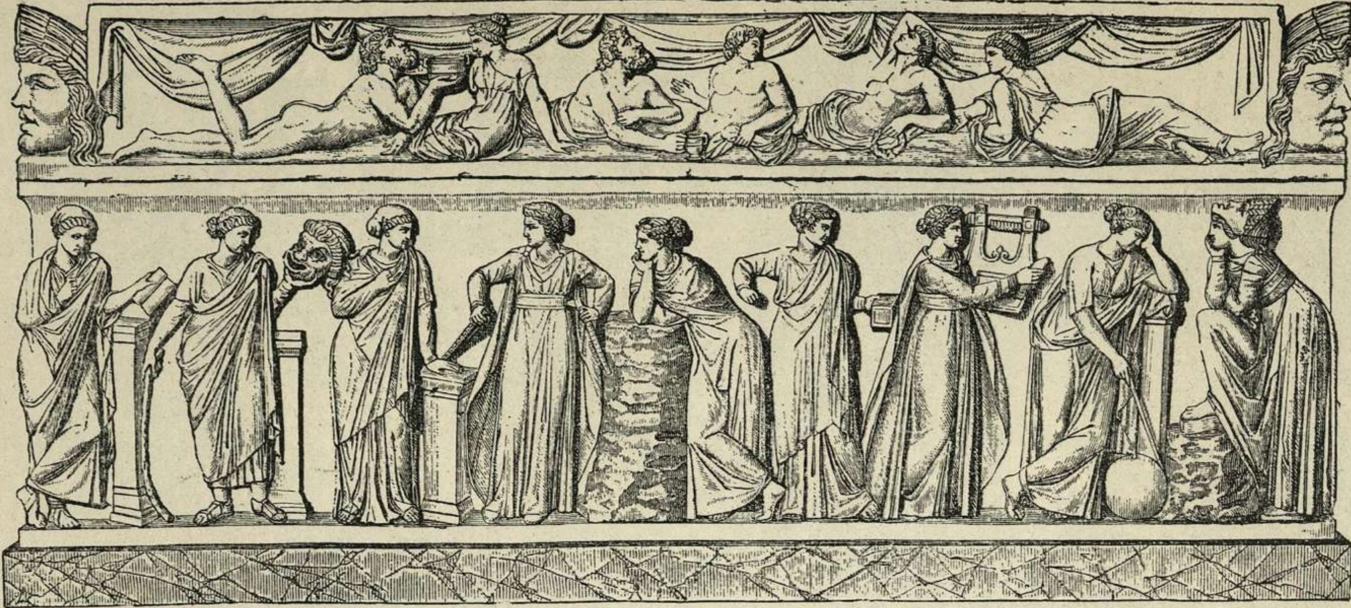
De usted aftmo. amigo S. S.

ADALBERTO A. ESTEVA.

LOS PANTANOS.

Soy admirador apasionado del agua: el mar demasiado grande, demasiado vivo, de imposible posesión: los ríos que pasan, que huyen, que se van y sobre todo, los pantanos en que bulle la vida indiscrutable de los animales acuáticos. Un pantano es un mundo sobre la tierra, un mundo aparte, con vida propia, con pobladores permanentes y con habitantes de un día; con sus ruidos, con sus voces, y singularmente con un característico misterio; nada que tanto conturbe, que tanto inquiete, que tanto asuste algunas veces. ¿Por qué ese miedo singular que se siente en esas llanuras cubiertas de agua? ¿Será por el rumor vago de las aguas, por los fuegos fatuos, por el silencio profundo que las envuelve en las noches de calma, por la bruma caprichosa que viste con sudario de muerte á los juncos, por el hervor cuasi imperceptible de aquel mundo tan dulce, tan fugaz, pero más aterrador á veces que el estruendo de los cañones de los hombres y de las tempestades del cielo? ¿Qué será por lo que semeja los pantanos á los países del ensueño, á esas regiones espantables que ocultan un secreto inescrutable y peligroso?

No. Otra cosa es lo que de allí se desprende; un misterio más profundo, más grave, el que flota sobre aquellas brumas, ¡el misterio mismo de la creación quizás!—GUY DE MAUPASSANT.



A Don José María Roa Bárcena.

Arribé apenas por querer del hado
Benigno y dulce á las campiñas bellas
Y bosques de Jalapa, y ya tus huellas
Buscaba en este verdecido prado.

Subí de *Macuítépetl* al collado,
Anhelante, al claror de las estrellas
Y de Pacho á los montes, las querellas
De Cedeño después que hube escuchado.

Que te llamaban con amor y empeño
Parecióme entender, la helada sierra
Y Pacho y *Macuítépetl* y Cedeño;

Y que decían: «¡Mísero el que yerra
«En mísera labor sin paz ni sueño
«Del hogar lejos y nativa tierra!»

AL CITLALTEPETL.

De madrugada á la feraz pradera
Salir hollando el matinal rocío
Con ágil planta hasta llegar al río
Y allí tender el vuelo... ¡quién pudiera!

No del mar cristalino la ribera,
No de Orizaba el amplio caserío,
No de Alvarado el cecotal sombrío
Buscara, ni su tímida barrera.

Del *Citlaltépetl* que en el mismo cielo
La frente encaja, rauda oprimiría
Aquel eterno inmensurable hielo;

Y con mirada présaga y sombría
Los caros montes del nativo suelo
En el ancho horizonte buscaría.

AL MACUILTEPETL.

Sultán de esta región, levanta el brazo;
Levántale, incorpórate en el lecho
Y deja contemplar latiente el pecho
A la reina que duerme en tu regazo.

Forman tu solio el índico lampazo
Ceiba y bambú y arborescente helecho;
Y juntos bajan del florido techo
La hiedra y trébol en fragante lazo.

A través de tu verde celosía
O envuelto en el vapor de la mañana,
Todo es en tí belleza y poesía.

Duerma, duerma en tu seno la sultana
Que te da cetro, brillo y nombradía
En cambio de tus linfas, poma y grana.

EL COFRE.

Magestuoso y zafíreo se levanta
Solo entre mil á la serena altura
Dejado el muelle lecho de verdura
Y viendo el mar atlántico á su planta;

Las canecidas sienas le abrillanta
Cercos real de immaculada albura;
Y en desorden la barba se apresura
A cubrirle mejillas y garganta;

En los calores mírase tendido
Gris nublado sobre él, que se avecina
Y le asombra el semblante desabrido;

Anhelante en su manto de neblina
Envuélvese, rebrama enfurecido,
Piedra arroja, estremécese y fulmina.

AL CEDEÑO.

Humilde río de gramosa orilla,
De airosos giros, de correr violento,
De blonda espuma, de sonoro acento,
De álveo arenoso que cual plata brilla.

Beba de tí la agreste cervatilla;
De la torcaz aduérmate el lamento;
Y el lucio y ágil toro pazca lento
A tu margen, dorada manzanilla.

En donde arranca el Cofre soberano
Sacudes hacia atrás la nivea greña
Y raudo corres á bañar el llano;

Al labrador le brindas que en tí sueña
Frutos opimos y de fértil grano
Henchida tienes la insaciable aceña.

AL PAPALOAPAN.

Escucho aún tu plácida quejumbre
Gigante río; ¡ímpida guirnalda
Tu sien orne, y del médano la falda
Ciñas con aparente mansedumbre!

Del sol hermoso la divina lumbre
Retrátese en tu linfa de esmeralda;
Y en tí se vea, tinta de oro y gualda
Del *Citlaltépetl* la nevada cumbre.

De tus riberas el papayo rico
La poma ostente en nido de verdura
Del tordo herida por el rojo pico

Y mézcanse tus palmas en la altura
Blandamente agitando el abanico
Qun al dulce Tlacotalpan da frescura.

EN LAS SELVAS DE PACHO.

Salve, oh dulces y castas Oreades
Que solas habitáis este sagrado
Donde jamás un hálito dañado
Puso en fuga á las rústicas deidades.

Aun danzáis en aquestas soledades
Húmidas y musgosas, y os he dado
Con virgen planta hollar el virgen prado,
Sin tedio, sin zozobra ni ansiedades.

¡Quién me diera allegar siempre la boca
Sedienta á los cristales de la fuente
Que de la entraña fluye de esa roca!

Y ¡quién me diera, si el dolor ingente
Con su mano de plomo el alma toca,
En estos troncos apoyar la frente!

Al ver el mar por vez primera.

Tu transparencia é inmensidad, tu acento
Dulce y terrible, aquesa tropelía
De tus olas plumizas, tu porfía,
No me sorprenden, ni tu blando aliento.

Vi en alas de mi ardiente pensamiento
Que de tu vítreo dorso el sol nacía
Tremulante, y que dabas áurea vía
A Delia casta de aire soñoliento.

Vi medio hundidas las ferradas naves
Y resbalar la góndola ligera
Del pescador sobre tus linfas graves;

Y al pelicano y garza venturera
Con las gaviotas y nevadas aves
Cernerse en el zafiro de tu esfera.

LOS DOS HERMANOS.

¡Madre infeliz! . . . En lúgubre mañana
A los dos hijos todo su consuelo,
Envuelve y hunde bajo turbio cielo
La nivea espuma de la mar cercana.

Empínase y abátese la insana
Linfa, del Bóreas al sentir el vuelo,
Cuando echaban tranquilos red y anzuelo
De leve esquiife, Plácido y Eleana.

Ser padrón de tamaña desventura
Pregonan los dos montes no lejanos
Que suben conformes á la altura.

Hacia ellos tiende las cansadas manos
Del terso ponto en la desierta anchura
El nauta al divisar *Los dos Hermanos*.

Cleario Meo

(JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA)



¡POR UN MARIDO!

NOVELA ORIGINAL DE MARC DE CHANDPLAIX—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 9

Desde que quedaron fuera del alcance de las miradas de los marineros que les habían conducido, Nelly se sentó en una roca y Juan se colocó á su lado; por un movimiento instintivo en ambos se tomaron las manos y permanecieron contemplándose en éxtasis y sin atreverse á pronunciar una palabra.

Nelly fué la que rompió el silencio, diciendo en voz muy baja y con la frente inclinada:

—Y ya crees que te amo, estás bien seguro de ello?

Esta frase descorazonó á Juan, pues parecía revelar que la joven no había cedido á amorosos impulsos sino á proyectos por largo tiempo premeditados; y recordó entonces aquella frase «yo sabré probarte que no soy una chicuela,» pronunciada por Nelly en presencia del Doctor y que se relacionaba con lo acontecido después. De todo lo cual resultaba que había en efecto una víctima y que no era sino él á quien correspondía este papel. Desde el primer día en que se conocieron, Nelly se apoderó de su espíritu y de todo su ser, y Juan no había sido en aquellas manecitas encantadoras más que un juguete; se necesitaba haber estado muy ciego para no descubrirlo sino hasta este momento.

Por la mañana, á pesar de la alegría que le inundaba, se acusaba de haber cometido una mala acción.

¿Una mala acción? Era preferible que así fuese, porque en sus manos estaba la posibilidad de repararlo y esto le hubiera causado un gran placer, pero estaba resultando ahora que Juan podía haber incurrido en una simpleza y eso era irreparable.

—¿Y ahora ya crees que te amo? repitió Nelly que lo veía pensativo y ¿crees que soy tuya para siempre? añadió ciñéndolo en estrecho abrazo.

Juan estuvo á punto de desprenderse dulcemente, pero ella insistió y apretándose más contra él, le dijo al oído en voz suave, ahogada, muy conmovida, como si fuera á romper en sollozos:

—Respóndeme.... respóndeme.

Al contacto de estos brazos blancos y mórbidos, sintiendo en sus mejillas el aliento ardiente de la joven, Juan, como la víspera, se sintió subyugado y cobardemente, á pesar de sus dudas, exclamó:

—Sí amada mía, estoy seguro de tu amor.

Después continuaron su paseo sin decirse nada de lo que tenían en el fondo obscuro de sus pensamientos, sin revelarse sus preocupaciones y no pronunciando más que palabras de ternura.

En la aldea entraron á la tienda de un célebre joyero árabe muy conocido de todos los marineros y allí compró Juan un brazalete muy original y lo colocó en el brazo de Nelly.

—No me lo quitaré nunca, dijo la joven sin dar las gracias, como si fuese ya la esposa del Comandante, no me lo quitaré ni por las noches.

Después escogió dos sortijas de oro y sin piedra alguna de las que se obstinó en pagar el valor de la más grande que deslizó en un dedo de la mano izquierda de Juan ante las miradas risueñas y benévolas del joyero que parecía un personaje de la Biblia con su ancha túnica azul y su barba blanca.

Durante esta operación, Nelly tomó un aire modesto como si hubiera estado en una iglesia, y acaso hasta rezó interiormente.

Más tarde á través del bosque, llevando las manos enlazadas, felices los dos, ella había acabado por perdonarse y él por no pensar en el por-

venir y así llegaron al punto donde la lancha los esperaba y regresaron á comer en el *Colibri*.

Al día siguiente era necesario dejar Mayotta, partir, partir siempre y proseguir la misión diplomática que apenas estaba comenzándose.

Ahora, en esta hora crepuscular, melancólica y tranquila, apenas acabado de desaparecer el sol en rápido descenso, Juan pensaba en todo esto reclinado en el pasamanos del puente, con los ojos fijos en la dirección de Anjouan donde llegarían al amanecer: en la tarde darían fondo en Mohelia y luego llegaría el momento de la separación. Pero no tardaría en volver porque así debería hacerlo, no tardaría en volver á buscar á su novia, más bien dicho, á su mujer. En verdad que así debería hacerlo y su corazón ni aun sospechaba que fuera discutible ese deber. Pero cuánta amargura producían ya estas simples palabras formuladas en su pensamiento:

—Es mi deber!

Prince á sus piés dormitaba.... Prince, ese pobre perro bastardo de quien nadie se cuidaba desde algunos días antes.

Una vocesita llamó:

—Prince, Prince!



Prince paró las orejas, levantó la cabeza y mirando á su amo parecía preguntar:

—¿Qué sucede? ¿Voy?

—Prince, Prince! llamó con más fuerza la voz que se aproximaba ¿vienes por fin?

Y había tanta dulzura y tanta fuerza en esa vocesita, que el perro, decidiéndose se levantó bruscamente y de un salto se lanzó regocijado por el puente.

Parecía también que un aliento benéfico se exhalaba de esa voz y en ese soplo de aire perfumado volaban todas las penas que le roían á Juan el corazón.

Dirigió una mirada hacia el horizonte claro en el que algunas estrellas coqueteaban mirándose al espejo de la mar apacible, y como sabía que por aquellos sitios tan poco frecuentados no cruzaba barco alguno ni había escollos que temer sino en la proximidad de Anjouan, arrancándose á sus reflexiones y penetrado poco á poco por la calma que descendía del cielo, se dirigió—también alegremente—entre la sombra al lugar de donde la vocesita había salido, mientras se agitaban apenas las olas azules en la silenciosa majestad de esta noche.

Pero las penas son como las moscas importu-

nas, vuelven más obstinadas, más dolorosas tan pronto como se detiene el soplo benéfico que las había por un momento alejado.

VIII

DIPLOMACIA

Ya llevaba el *Colibri* quince días de fondeado en Mohelia, y durante estas dos largas semanas Juan había visto apenas dos veces á Nelly en casa de Mr. Tomás Poole, y eso, apresuradamente y delante de todos sin haber podido cambiar más que miradas, sonrisas, fugitivos apretones de manos y alguna que otra palabra tierna al descuido.

Bien habría querido por lo mismo Nelly ir á bordo, pero no se atrevía á pesar de su audaz serenidad de otros tiempos, y esperaba impaciente que de él saliera la proposición. Se podía pensar que era más reservada ahora que su fin parecía alcanzado, y que estaba acaso más entristecida por una más completa revelación de la vida. Además, sabía que Juan tenía absorbido el tiempo por grandes ocupaciones....

Y esperaba, esperaba dolorosamente impaciente, creyendo que se haría amar más dejándose desear y pasaba por alternativas de alegría y de desesperación que vigorizaban su cerebro, como se maduran los renuevos á la sonrisa y las lágrimas del cielo de Abril.

Los cuidados y las ocupaciones no habían escaseado, en efecto, para el Comandante de Chalmont, pues á su llegada encontró á toda la población levantada en armas, rebelada contra el Sultán Omar, quien era demasiado débil é incapaz de reprimir la rebelión. Se habían abandonado las labores del campo; los caminos estaban infestados por bandas de malhechores que aprovechaban la revuelta para entregarse á los mayores excesos, y todo era de temerse como consecuencia en este país tan apacible por lo común.

Inmediatamente Juan hizo bajar á tierra una parte de su tripulación con dos piezas de artillería ligera, y ocupó y fortificó el palacio. El *Colibri* se aproximó á la playa tanto como le fué posible sin peligro de los arrecifes madreporicos

y tenía la ciudad bajo el fuego de sus cañones. Pero las fuerzas de que el Comandante podía disponer, eran bien débiles y no dejaba de comprender que no podría conseguir que se recobrara la tranquilidad pública, sino por medios prudentes, energicos y llenos de diplomacia.

Después de expedir una proclama en que hacía ver el espíritu de justicia que animaba á Francia, bajo el protectorado de la cual la isla por su propia voluntad se había colocado, reunió á los notables y á los jefes de la insurrección en un punto fuera de la ciudad, y solo y sin armas fué á conferenciar con ellos.

Toda la población le aclamaba al paso como un libertador y los principales revolucionarios, conmovidos por esta demostración de confianza, vinieron á inclinarse ante él y á poner de un modo respetuoso en manos del jefe francés, su causa que consideraban excelente.

Hasta allí, en efecto, se habían conducido con mucha moderación. Estaba á la cabeza de ellos el hijo del difunto sultán Ahmed, el joven Alí-ben-Ahmed, que era muy valiente, muy generoso y muy popular, y había logrado impedir á los alboratadores atentar contra la vida de Omar, que consideraba como el elegido de Francia. Alí



no quería la muerte del culpable sino sencillamente su caída, después de la cual, los notables reunidos en asamblea, elegirían un príncipe para ocupar el trono, elección que sería sometida á la ratificación del Presidente de la República Francesa y si no era de su agrado, Francia designaría el que quisiera.

Al hacer estas declaraciones, Ali por medio de un juramento solemne se excluyó de la sucesión por más que sus derechos fueran mejores que los de cualquiera otro príncipe por ser hijo de Ahmed, de quien el actual Sultán había sido Visir.

Omar, en efecto, no era de raza noble y se había elevado solamente por medio de artificios, embustes é intrigas, primero, á elevadas dignidades, y por último, al supremo poder. Poseyó un gran dominio sobre Ahmed de quien halagaba las pasiones, lo persuadió de que su hijo Ali conspiraba y logró que éste fuera expatriado, consiguiendo después que Ahmed, abdicara en favor del autor de todas estas atrocidades.

Una vez amo absoluto, su reinado no había sido más que una larga serie de injusticias, exacciones y abusos; y los notables presentaron sobre ese particular un voluminoso informe al Comandante.

Este, que había estudiado ya bien la situación política de la isla, sabía que las reclamaciones del pueblo eran fundadas, pero no se apresuraba á darlo á conocer y se contentó con asegurar

á los jefes que examinaría con la mayor atención la memoria que le fué confiada, y pidió que las armas se depusieran, comprometiendo su palabra de que cualquiera que fuese la solución definitiva, no se haría represalia de ninguna suerte.

Ali-ben-Ahmed ofreció el desarme y lo cumplió.

Más tarde, después de haber leído todos los documentos que se pusieron en sus manos, el Comandante reconoció la necesidad absoluta que había de derrocar al Sultán; pues sólo á este precio podría el país recobrar una completa tranquilidad.

Pero se presentaba una dificultad: derrocar al Sultán por la fuerza, ¿no era dar á la rebelión una potencia que acaso luego fuera perjudicial al principio de autoridad? Por otra parte, Omar, á pesar de todo, disponía de una milicia fiel, podía resistir primero ó sublevarse con ella más tarde, y lo mejor era evitar de antemano toda efusión de sangre.

En vista de esto, se esforzó en llegar á su fin por el camino de la persuasión, tarea tardía y enojosa, y en las conferencias que había tenido que promover y aceptar, el tiempo había pasado casi insensiblemente.

No obstante todo esto, cuando por las noches traspasaba Juan el dintel de su dormitorio y dejaba en reposo los acontecimientos del día, una imagen se presentaba á sus ojos: la de Nelly; su no-

via, su esposa casi, porque poco tiempo faltaba para que lo fuera.

Y discutía en su interior este punto interesantísimo:

¿Debería en efecto casarse con esta mujercita ligera, coqueta y engañadora?

¿Era ese de veras su deber?

Y se acordaba de que Nelly había cometido una falta, pero se acordaba también de los hermosos días pasados, de las creencias adquiridas, de las alegrías cambiadas, de las emociones sentidas y se dormía, y al día siguiente el cuidado de su misión le absorbía de nuevo, y ponía todo su afán en llevarla á buen fin.

Y así se deslizaban los días.

Poco á poco los asuntos políticos le habían ido causando menos disgustos, y á fuerza de persistencia llegó á dominar las irresoluciones del Sultán. Le mostró todas las acusaciones y las pruebas irrefutables que había contra él, y le dijo y le repitió de todas maneras, que si bien es verdad que como soberano aliado estaba bajo el protectorado de Francia, no lo estaba menos el pueblo de Mohelia; que si cuando este protectorado se inició, es cierto que un Sultán llamado Omar, estaba en el trono, y en él se le había dejado, Francia no era quien lo había elegido ni tenía compromiso de conservarle el trono á toda costa. A él sólo le tecaba entenderse con su pueblo, y si había perdido el afecto y la confianza

de sus súbditos, ni Francia ni nadie se los podía devolver.

Como amigo privado y sincero, el Comandante le aconsejaba que abdicara voluntariamente, puesto que el *Colibrí* no había de estar siempre anclado en Mohelia, y en cuanto zarpara de nada se podía responder, porque la insurrección era fuerte, y no digo su palacio que estaba poco defendido, sino hasta los mejor guardados no ponían á un rey impopular, en seguridad contra el acero, el veneno ó el fuego.

Por poco que amara su vida, lo prudente, discreto y hasta necesario era que abdicara. Después de todo ¿no había abdicado en realidad desde que estalló la rebelión, puesto que ni él gobernaba, ni na-

Libre ya en consecuencia de toda preocupación diplomática y habiendo conseguido desenredar á su entera satisfacción los complicados asuntos de Mohelia, Juan no pensó ya más que en los suyos propios.

Como de costumbre, la víspera al acostarse y ese día al despertar, las mismas reflexiones penosas más bien que dulces se apoderaron de él.

Cierto es que se sentía feliz con la idea de que podía bajar á tierra á la hora que quisiera y acercarse á Nelly . . . Era preciso hacerlo y tener

resolución resultante ¿lo conduciría de veras á la felicidad?

Honor, amor, deber, conciencia y razón, ¡felices en la tierra las almas sencillas que logran ponerlos de acuerdo! Son las únicas que viven bien aquí y más allá de la tumba.

En esto pensaba esperando que sirvieran el almuerzo cuando se le presentó Nelly; inopinadamente y sin aviso previo, la joven vino á bordo.

No había podido resistir más á la inquietud que la atormentaba; pero aún cuando todavía no habían cambiado dos palabras se tranquilizó ante la mirada de amor con que fué acogida.

Apenas llegó, se sentaron á la mesa y se almorzó como en los buenos tiempos cuando todavía no los ligaba ningún lazo.



die le obedecía, ni aún se atrevía á salir del palacio?

Que la abdicación se hiciera pues pública y solemne, y dejaría el trono de una manera digna. Juan de Chalmont le transportaría con honores reales á Anjouan, llevando su familia toda y todos sus bienes, y . . . ¡quién sabe! los pueblos son tan variables! llegaría un día en que el suyo lo llamase á gobernarlo de nuevo.

Comar acabó por ceder.

Convocó á la asamblea, y solemnemente, con esa dignidad que es instintiva en todos los árabes, le anunció que renunciaba á sus derechos y en la misma sesión declaró la asamblea que puesto que Alí-ben-Ahmed no quería el poder, se le confería, con acuerdo de Francia, á la hija de Fathima, reina célebre de otros tiempos de Mohelia, á la joven Ioumba Fathima que á la sazón vivía retirada en un convento de Mayotta.

No restaba, en consecuencia, más que poner provisoriamente el poder en manos del primer Ministro y conducir á Anjouan al rey caído, habiéndosele dado á éste tres días para sus preparativos de viaje.

con ella una larga entrevista que fijara de un modo definitivo el porvenir. ¿Por qué, después de todo, no había de tener el valor de decirle lealmente todo lo que pensaba? ¿Qué temer? ¿Sus lágrimas, su cólera, algún arrebato sentimental? Nada de esto le espantaba. Había procurado en su fuero interno echar sobre ella toda la responsabilidad de la falta cometida sin aceptar que también tuviera su parte de culpa él, que tenía mejores luces sobre las consecuencias de un mal paso y que contaba con armas más idóneas para la lucha.

Pensaba que luchó y fué vencido y ¿no es al vencido á quien corresponde pagar? Su nombre era el precio de la victoria y ¿qué podría proponer en vez de su nombre si no quería cumplir el compromiso de honor que había contraído?

¿Qué diría en esa entrevista que deseaba y temía al mismo tiempo? Y cualquiera que fuese su

Nelly sin embargo parecía un poco triste.

¿Habría resentido algo por la aparente indiferencia á que se había visto obligado Juan durante su permanencia en Mohelia?

Sí: había tenido sus dudas con todo y que su padre y Mr. Tomás Poole la habían estado informando de las graves tareas del Comandante y con todo y que debía explicarse su discreción por razones de delicadeza que le hacían más amable.

Hasta estuvo á punto de venir desde la víspera en cuanto supo que el Comandante se había embarcado, pero no se atrevió.

En el *Colibrí*, durante la travesía que habían hecho, se sentía embriagada por el trato frecuente de Juan por la prosecución del ensueño que se formó desde la vez que le conoció en Ambohima-rina, por la ilusión del matrimonio que desde entonces se le clavó en el cerebro, y su caída le había parecido natural y no le produjo casi remordimientos. Pero ya en tierra y en la casa de Mr. Tomás Poole, había reflexionado más que nunca

en su vida, y pensamientos nuevos acudieron á su espíritu y los remordimientos que juzgaba desaparecidos volvieron levantándose precisos ante sus ojos.

Franca entonces consigo misma, se confesó que fué la ambición la que determinó su caída.

Y sin embargo, ¿amaba á Juan?

Sí: le amaba un poco en otro tiempo y ahora más porque le sentía necesario al reposo de su conciencia. Y por eso era que le venían los remordimientos, y mejor iluminada sobre su conducta adivinaba algunos de los pensamientos que entristecían á Juan.

Con todo y que el Doctor había recibido las confidencias de ambos y no podía admirarse de sus familiaridades, el recuerdo de su falta y la natural tendencia de ocultarla, les hizo más circunspectos que otras veces delante de él, y el almuerzo pasó sin que hubiesen cambiado palabras de amor. La conversación acabó por languidecer, como si estuvieran cansados de reprimirse y Lerbon que como buen criollo tenía tal vez verdaderos deseos de reposar en la siesta, dijo sonriendo.

—Ah! ¿están ustedes enojados? Se diría eso ó que ya llevan tiempo de haberse casado, porque no creo que yo les estorbe. Por otra parte, voy á pedir á ustedes permiso para dejarlos, porque en estos países de la malaria y el calor, hay algo mejor que el baño y la quinina, la siesta. He conocido personas que murieron por no haber creído en esto, y como no tengo muchas ganas de morir, voy á administrarme una dosis. Debería usted hacer otro tanto, señorita Nelly, yendo como otras veces al canapé del salón, y el Comandante la pasaría bien aquí en el comedor, pues también le veo ganas de dormir.

—Será verdad, Comandante? preguntó Nelly.

—No crea usted una palabra, respondió Juan; el Doctor habla así por hacerme rabiar. Vaya usted á acostarse y deje en paz á los demás, Doctor feo.

—Voy, voy, contestó Lerbon.

—Sin embargo, si Nelly también quiere reposar.

Lerbon se fué y Nelly como respuesta tomó la mano al Comandante y ruborizada y mirándolo con ternura le dijo:

—Vamos al salón juntos. Allí hay más aire y estaremos más lejos del Doctor.

Juan la llevó al salón en el cual entraban bocanadas de aire caliente un poco húmedo que florea el rostro con manchas rojas. Se sentaron en el diván y ella apoyó la cabeza en el hombro de Juan en esa postura indolente y confiada de los niños que tienen sueño.

Juan siempre combatido por su lucha entre la pasión, la conciencia y la razón, no habría podido decirle más que palabras de amor que le subían del corazón á los labios, quejas y reproches que le inspiraba su despecho de sentirse vencido, ideas de fuga que revolaban en su mente, y mejor callaba. Qué! . . . mentir todavía? ¿Dejarla en la creencia de que la amaba lo suficiente para hacerla su esposa y luego, una vez lejos, aclararle al fin la verdad?

Ese procedimiento le avergonzaba por indigno y guardaba silencio.

Derrepente sintió en su cuello los labios de Nelly é inclinándose depositó en cambio un beso en la frente coronada de rizos de oro de la joven.

La besó y esta idea pasó por su mente.

—Y si se muriera!

Porque preferiría verla muerta y no en brazos de otro, sobre todo si ese otro era su amante. Pensaba que si abandonaba á Nelly, ésta más tarde tendría que pertenecer fatalmente á otro; bien un nuevo amante ó bien un marido, porque en estos países, cálidos y semi salvajes están un poco desleídas las ideas referentes á la moral.

Pero pronto rechazó este pensamiento y sus labios descendieron con más fruición sobre la frente y los ojos y los labios de la joven, la cual le contempló con una mirada de gratitud tan profunda y tan reveladora de haber adivinado los pensamientos de su amante, que este quedó más avergonzado de sí mismo y más débil en su resolución.

Por un arrebató irresistible, Juan cayó por un momento de rodillas y siguió besando con ternura las manos de Nelly.

Ella rompió al fin en silencio.

—Oye, le dijo á media voz: hay mucha luz aquí y me duelen los ojos.

Juan se puso en pié y le dijo.

—Estarías mejor en mi camarote para que descanses algunos minutos.

Y la precedió; y como Nelly vacilara sin atreverse á despedirlo, él la tomó en sus brazos como si fuera un niño, la colocó en el lecho que estaba cubierto por una estera muy fresca, le arregló las almohadas y le arregló los vestidos con cuidados de madre más bien que de enamorado.

Después la besó en la frente y le dijo:

—Duerme ahora. Cuando despiertes hallarás en el tocador todo lo que necesitas para arreglarte, hasta ganchos de sujetar los cabellos, pues recojí los que quedaron cuando te fuiste. En frente, como tu recordarás está el cuarto de baño. Ya conoces, bien mío, esta casa que es la tuya, pero no duermas mucho. A las cuatro á más tardar iremos á tierra los dos.

Nelly tenía impulsos de preguntarle:

—¿Y tú que vas ha hacer? ¿Me vas á dejar? ¿dónde vas? ¿No estarías mejor aquí junto á mi corazón que está lleno de tu amor? ¿Tenía tantas cosas que decirte! ¿Cuándo hablaremos al fin sinceramente como yo quería antes de esa partida tan próxima? No, no creas: me falta fé. . . . ahora que he reflexionado ¡comprendo tantas cosas! y te amo, te amo tanto. . . . Se diría que temes pronunciar nuevos juramentos, que tienes miedo de repetir esas palabras de amor de que tengo tanta necesidad para excusarme y acallar un poco á mi conciencia.

—Pero no dijo nada y mientras sentía que una lágrima rebelde le temblaba en las pestañas, sonrió tiernamente y tendió los brazos en la actitud de un llamamiento mudo.

Juan tuvo unos instantes de vacilación, pero pensando en que toda debilidad era una vileza en el estado de ánimo en que se hallaba, le dijo con dulzura después de darle un beso en la frente. . . .

—Duerme mi bien, mi prometida, duerme.

Cuando se ama sinceramente no se atribuyen al ser querido sino pensamientos delicados y se imagina uno que puede leer en su alma porque se vive en un medio ideal en que todo parece transparente.

Nelly cuyo corazón estaba entreabierto por el sufrimiento al amor sincero, no leyó en los ojos de Juan sino sentimientos de inmaterial ternura á los que consideró que obedecía, y ese nombre de "mi prometida" la confirmó en su creencia quedándole agradecida por haberlo pronunciado, y después de sus dudas y después de haber implorado caricias, ahora se sentía más feliz y más conmovida á causa del respeto que le demostraba Juan de lo que se habría sentido con los más ardientes y apasionados besos.

No intentó, pues, detenerlo más y cerró dulcemente los ojos, no para dormir sino para fijar mejor su sueño.

El volvió al comedor, lejos de la adorable enemiga de su reposo, y se tendió en la silla de paja donde tan bien dormía en tiempos anteriores, pero no duró allí mucho tiempo pues estaba demasiado agitado para poder dormir; y volviendo sobre sus pasos regresó al salón, dirigió una mirada al camarote que ocupaba Nelly y estuvo á punto de aproximarse y escuchar. Luego se reprochó este intento y casi corriendo tornó al comedor, cerró la puerta del salón, se sentó junto á la mesa y sonrió burlándose de sí mismo.

No: decididamente se conducía como un niño que no sabe ni lo que quiere, y no obstante sentía que un pensamiento oculto todavía no bien delineado entre el tumulto de sus pasiones, recuerdos y esperanzas, se adivinaba como se vislumbra el sol á través de las nubes que lo cubren. Todas sus sensaciones internas le decían que se casara con Nelly, primero porque la amaba y nunca podría soportar que fuera de otro, y luego porque era su deber. Para probarle esto último abundaban las razones que apelaban á la moral, á la religión, á la generosidad, á los juramentos, á las cosas más santas y desafiaban al pensamiento oculto para que presentara abogados semejantes. Pero bruscamente aquel pensamiento aparecía y murmuraba: «Como Nelly te ha engañado contigo mismo, te engañará más tarde con otros: no se casa uno con la mujer de quien es amante; acuérdate cuanto te has burlado de los que han hecho ese disparate.»

Pero pronto las nubes volvían y una voz que salía de su interior le gritaba:

—¿Y puedes comparar? Esta mujer no más á tí te ha pertenecido y esa es ya una diferencia capital como lo sabes muy bien. . . . Tú has que-

rido arrojar sobre ella toda la falta y no piensas en que es una acción vil, la más vil de todas, seducir á una niña, por más que intentes disculparte con que fué ella quien te sedujo á tí y hables de lazos en voz baja para no caer en ridículo si lo decías en alta voz. . . . Un lazo, una celada que se ve, que se conoce, no son tal celada ni tal lazo, y á tí para ver y conocer eso no te faltan experiencia ni perspicacia. Hay mil maneras de evitar un escollo, ¿no lo sabes, hábil navegante? y hay una infalible de tropezar con él: dejarse llevar por viento y corriente si empujan en dirección del escollo. Esto último es lo que has hecho, y quien obra así ó es un necio ó lo hace porque le conviene. Porque. . . . dices bien, es una tontería, pero reparable en ciertos casos, y el presente es uno de ellos. Eres solo, sin familia, ya tienes cerca la vejez y no te quejarás de poseer una mujer encantadora, amorosa, agradecida, que te deberá toda su dicha y de la que habrás sido el primero y el último amor.

—¿Quién sabe! se contestaba á sí mismo lómicamente en lo profundo de la conciencia.

Pero esa exclamación fué ahogada por los clamores que proseguían.

—¿Qué le reprochas? ¿Dices que su cálculo? ¿Pero el tuyo no es también repugnante? El suyo, su sueño, más propiamente hablando, su ambición si quieres, está llena de excusas. Te habías comprometido con ella y ella ha fiado en tu palabra sin garantía alguna. ¿Puedes considerarlo como crimen? Ahora quieres escaparte. ¿Quién de los dos es el despreciable? Pregúntalo á cualquiera.

Y como de Chamont vacilaba, siguieron los clamores.

—Bah! todas las excusas, todas las indulgencias del mundo, serán para tí, porque la moral humana sólo es implacable con las niñas y tiene razón. . . . Preguntas, preguntas y lo verás. . . .

Sí, Juan había querido hacer sus confidencias pero ¿á quién? Su secreto era uno de aquellos que un caballero no puede divulgar.

En los momentos en que pensaba esto, una mano se apoyó en su hombro y al volver él la cara, vió al Doctor— amigo indulgente— que le dijo con voz afectuosa:

—No ha podido usted dormir. ¿Qué tiene usted? ¿por qué sufre?

Juan respondió sonriendo:

—¿Y por qué diablos quiere usted que sufra yo?

—No lo quiero, pero lo veo,

—Bah! me espanta usted con su perspicacia y es usted capaz de convencerme de que estoy enfermo aunque no tenga nada.

Lerbon se sentó y contemplando frente á frente al Comandante, agregó:

—Oígame usted, Comandante: tengo algo que preguntarle, algo difícil de decir y en verdad que no sé cómo lo diga. . . . Pero apelo á toda su indulgencia y á toda su amistad. Oígame: se lo suplico.

—Hable usted, contestó Juan muy muy interesado. Mi amistad, ya usted lo sabe, le pertenece y en cuanto á mi indulgencia, no la necesita usted y estoy seguro que. . . .

—Sí, sí, insistió Lerbon humildemente, y para predisponer á usted á mi favor, le recordaré que fué usted quien solicitó mis confidencias.

—¿Qué confidencias?

—Usted me dijo una vez, no hace mucho tiempo, en Mayotta. «¿Conque de su parte no es usted enteramente franco conmigo en momentos en que no puedo ocultarle á usted nada? Pues bien: es verdad: usted ha adivinado: estoy, yo por lo menos, enamorado de la señorita Nelly.»

—Sí, me acuerdo perfectamente, dijo Juan con embarazo, los recuerdos de usted son exactos.

Lerbon prosiguió después de una pequeña pausa. —Si los de usted lo son igualmente también recordará que acentuó usted mucho las palabras referentes á la franqueza que de mí reclamaba en compensación á la suya.

—Mi memoria, querido Doctor; no llega á tanto: pero ¿dónde va usted á parar?

(Continuará.)

PAGINAS DE LA MODA

El matrimonio en peligro

Es asunto importante el que se trata en el siguiente artículo, que tomamos de nuestro colega *El Correo de la Tarde*, de Mazatlán.

"El matrimonio moderno ha sido condenado como opresivo y añejo por un partido femenino de alguna importancia, y los ingleses estudian con qué reemplazarlo.

Dos partidos había qué tomar. Ensayar el salvamento del matrimonio, rejuveneciéndolo, y recomendándolo, ó suprimirlo, pero no brutalmente de un golpe, sino por medio de una serie de medidas transitorias que acostumbrarían poco á poco á pasarse sin él. Algunas personas tímidas ó sin reflexión se inclinaban hacia una compostura que no chocara demasiado á las buenas gentes víctimas de preocupaciones. Las mujeres que saben y se atreven á ir al cabo de una idea han admitido sin titubear la doctrina que se llama del "bloc." Se les dice: "El matrimonio caerá si se le mete una cuña," y ellas contestan: "¡Pues que caiga! ¡Barramos los pedazos y no hablemos más de él!"

Es en la puritana Inglaterra donde se ataca el matrimonio con tal desenvoltura. Arvé de Barine, escritor francés ha ido expresamente á presenciar ese combate, y asegura que la tesis del escobazo es la predilecta actualmente en la literatura británica. Las mujeres dominan entre los defensores, y una de las más resueltas es Mona Claird.

Esta bella persona admite que habrá probablemente desastres el día en que la legislación sobre el matrimonio sea "seriamente alterada." No se imagina tampoco ni por un momento, que la "independencia económica" de la mujer, prelude obligado de todas las reformas, sólo traería beneficios á su sexo. Pero no debe uno dejarse detener por el temor del porvenir cuando un gran principio está en juego. Las mujeres además, no pueden perder en el cambio: su suerte es demasiado cruda. ¡Que sigan adelante, suceda lo que sucediere! En cuanto á los hombres, que pretenden á todo trance protegerlas contra su imprudencia la encantadora Mona Claird los dispensa de ello: considera su solicitud como un nuevo ultraje.

Eso era bueno en otros tiempos: "La mujer moderna" no quiere que se le proteja. Ya no admite se la trate como chiclea; pretende en lo futuro ser la autora de su vida como los hombres lo son, y sobre un pié de igualdad. Esto va á su riesgo y costas. Si hay imprudencia, es asunto que á ella solo concierne. "Si las mujeres reclaman, como siendo natural y humano, el derecho de tomar su parte en las buenas ó malas probabilidades que el mundo puede presentar; si desean el privilegio de la independencia, ¿á nombre de qué se lo negaría la sociedad? Sucede todos los días que los hombres llevan mala vida, cometen acciones que comprometen el bienestar de la raza; ¿en virtud de qué principio se ataría á las mujeres de manos, á las mujeres únicamente? ¿Por qué ese sacrificio unilateral? ¿Por qué esa designación arbitraria de víctimas sacrificadas al bien de la humanidad ó á lo que se supone serlo?" Las vestidas leyendas referentes á las jóvenes doncellas que cada año se elegía para ser encadenadas á una roca de la playa, con el fin de que los dioses ó los monstruos marinos fueran propicios, no han perdido aún su actualidad.

La sociedad está, pues, obligada en rigurosa justicia á atender á las pretensiones de las mujeres sin detenerse en las consecuencias. Si en un futuro más ó menos lejano, esas exigencias tienden á reemplazar el antiguo matrimonio por la unión libre, la opinión pública deberá acostumbrarse á ello. Quizá pase tiempo, pero algún día se llegará, á buen seguro, á no admitir más "el elemento coercitivo" en un contrato que debe ser libre entre todos. "Con el tiempo, las gentes comenzarán á sublevarse contra la ingerencia del Estado en sus asuntos privados. Encontrarán particularmente nocivo que se les obligue á vivir juntos en contra de su voluntad. No considerarán esa obligación como sagrada."

Es la solución que el socialista Bebel ha preconizado y profetizado, hará quince años. "La mujer, escribía él, sólo tendrá consideración á su propia inclinación en el acto de celebrar su unión. Esta consistirá en un contrato privado, sin intervención de funcionario alguno. Los instintos del ser humano, sólo á él le interesan, con tal que su satisfacción no cause perjuicio á nadie." Deben comprenderse aquí todos los instintos naturales sin excepción. "En caso de incompatibilidad, proseguía Bebel, de desilusión ó de simpatía entre los cónyuges, la moral ordenará se desate un lazo que se ha vuelto contrario á la naturaleza, y por consiguiente, inmoral."

Todo lo que antecede es poco, en comparación á lo que sigue.

Acaba de salir á luz un opúsculo escrito por un socialista francés, en el que se lee: "Entre las cosas que son de desearse y son posibles de sustraerse casi por completo al imperio de la ley, tenemos que contar la unión del hombre con la mujer." La sociedad no tiene el derecho de imponer un compromiso por toda la vida á dos seres que pueden ser engañados en su elección y descubrir en el curso de su existencia común, excelentes razones para separarse. No tiene la sociedad el derecho de exigir el consentimiento de los padres. Lo mismo que no será necesario autorización alguna para casarse idénticamente lo mismo, la voluntad claramente expresada por uno de los cónyuges, bastará para romper el lazo voluntario que habrán creado entre ellos.

Conversaciones del Doctor

DOS EFECTOS DE PRIMERA NECESIDAD.

La sal de cocina no solamente es un alimento, sino que ayuda á la digestión. Su sabor que gusta á todos, aumenta la secreción de la saliva; del jugo gástrico y de otros productos de secreción, necesarios á la disolución y á la digestión de los alimentos.

La sal se saca del agua de mar ó de las minas. La sal que se saca de las minas se llama *sal gemmá*. Para el uso de la cocina es mucho mejor la sal que se saca del agua del mar porque ésta es mas rica en cloruro de magnesio, substancia que en el estómago se descompone en magnesia y ácido clorhídrico, que es el ácido del estómago y que es tan necesario para la digestión.

Químicamente la sal se llama *cloruro de sodio*.

No solamente la sal ayuda la digestión sino que aumenta también en los glóbulos rojos de la sangre, y contribuye así á fortalecer nuestro organismo.

No está todavía aprobado que los animales hervíboros aumenten de peso con el uso de la sal, pero es cierto que gozan de mejor salud, tienen la piel más lúcida y sus carnes son más sabrosas.

La sal defiende de la escrófula y mejora, hasta que puede sanarla; por eso hay que hacer vivir á los niños escrófulosos y débiles en una ciudad marina. La sal se encuentra en mucha cantidad en el aire marino y es por esta razón que los marineros ó los que viven en las orillas del mar, respirando un aire muy rico en sal, tienen muy buen apetito y gozan de ópima salud.

Hasta la tuberculosis mejora mucho en los que viven en el océano ó en sus orillas.

Dejad por lo tanto que los niños y los hombres pongan sal en sus alimentos.

El azúcar es un alimento y se ha dicho que el azúcar es la sal de los niños, como el vino es la leche de los ancianos. El azúcar en el organismo se convierte en grasa.

Todo el almidón que comemos con alimentos vegetales se cambia en azúcar bajo la influencia de la saliva y del jugo pancreático. Este azúcar se almacena en el hígado (que puede considerarse como una verdadera caja de ahorro de este alimento) y en el curso del día poco á poco pasa á la sangre.

El azúcar también es un excelente excitante de las funciones digestivas. Un vaso de agua fría ó caliente (no tibia) con un poco de azúcar ayuda al trabajo químico de la digestión.

Por consiguiente el café que se toma después de la comida, tiene que ser con azúcar; el café con azúcar acelera la digestión: al contrario el café

sin azúcar, la entorpece y retarda.

No es cierto que el azúcar produzca lombrices en los niños y tampoco es cierto que dañe los dientes y los predisponga la carie. Para que el azúcar pueda perjudicar, es necesario abusar de él. Pero es sabido que de nada hay que abusar, ni de la azúcar, ni de la sal, y del pan mismo.

Verdaderamente en los trópicos se abusa del azúcar, ó por menos se usa mucho. Esta es una de las razones por qué allí la gente y las señoras especialmente son muy gruesas. Ya he dicho que el azúcar se convierte en grasa en el organismo. Por consiguiente, los que no quieren ponerse demasiado gruesos, hagan un limitado uso del azúcar. Un poco menos de azúcar y un poco de sal.



Fig. 1—Traje de luto para calle.

PRECEPTOS DE HIGIENE.

ALUMBRADO ARTIFICIAL

El alumbrado artificial debe parecerse en todas sus propiedades al alumbrado natural, esta es la condición que debe procurar alcanzar.

Algunos autores establecen las diferencias siguientes, entre los alumbrados natural y artificial: en cuanto á la cantidad es excesivamente débil la del artificial; esto se comprueba por la poca claridad que despiden el foco luminoso más fuerte, en medio de la luz del día; el alumbrado artificial apenas llega á ser suficiente, y no porque los niños pequeños lo buscan á la hora que el sol se oculta, se debe establecer entre la luz natural y la artificial una semejanza que en realidad no existe.

Los aparatos de alumbrado deben llenar dos indicaciones importantísimas: dar una luz conveniente y quemar todos los productos de la combustión.

La luz que se acompaña de mucho calor es perjudicial.

Los ojos deben ver el objeto alumbrado y no el foco luminoso; el ejemplo de esto lo da el sol, que por medio de rayos oblicuos alumbrado todo, estando cubierto muchísimas veces é nuestras miradas.

Los antiguos hacían uso de la resina para el alumbrado: más tarde emplearon los cuerpos grasos, muy especialmente el sebo, pero las velas de sebo tienen muchos inconvenientes: la luz es poco clara, es vacilante, amarillenta, con intermitencias cada vez que crece el pábulo, la combustión es incompleta; y además del humo, el mal olor, etc., como la mecha no se quema bien, es indispensable estarla recortando con muchísima frecuencia. Desprenden, además, algunos productos dañosos á la respiración.

Fig. 3.—Modelo de peinado.

Hoy se usan, de preferencia, las velas de estearina, de cera, de esperma, de parafina, etc.; la luz es más viva, blanca, desprende poco calor, y la combustión es más completa.

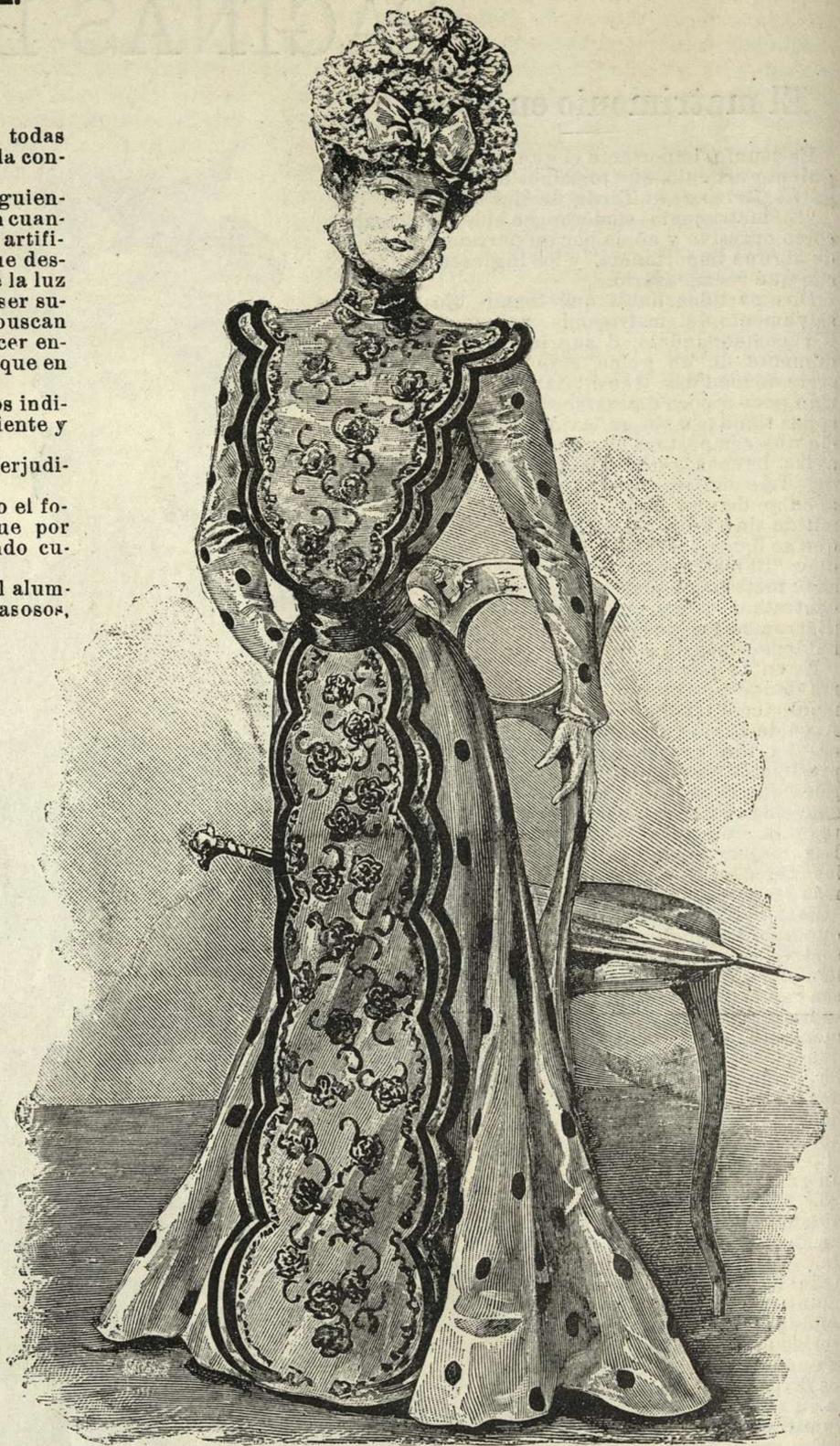


Fig. 2.—Toilette de visita para señorita.

Amor á la familia en las testas coronadas.

Un diplomático muy bien informado y dotado de una memoria excelente, recordaba un incidente que pasó entre el Emperador Guillermo y su hermana la princesa Sofía de Grecia.

Es un error creer que el disgusto entre los dos data del día del casamiento y de la conversión de la Duquesa de Esparta.

Este aborrecimiento es más antiguo: viene desde aquel día en que, en San Remo, se encontraron enfrente á su padre ya muy enfermo.

Guillermo, que entonces se consideraba separado por dos escalones del trono imperial, veía con irrespetuosa impaciencia que se prolongaba la vida de su padre. Fué á San Remo por un solo día y demostró una frialdad tan grande que hizo llorar á Federico.

La princesa Sofía que adoraba á su padre y la princesa Irene de Hesse le hicieron duros reproches, que terminaron por el siguiente apóstrofe lanzado en inglés:

"Eres tan cruel ahora, como cuando te complacías en golpearnos siendo niñas."

El futuro Emperador escuchó impasible aquellas terribles palabras y, alzando los hombros, salió sin pronunciar palabra y tomó el ferrocarril para regresar á Berlin.

La pobre madre de Guillermo ha sufrido horriblemente por el orgullo de su hijo, al extremo de querer volver al lado de su propia madre, la Reina Victoria, abandonando aquel palacio imperial que es para ella una verdadera cárcel dorada.



Fig. 5.—Traje de calle.



Fig. 4.—Modelo de peinado.

Para un corazón recto y sincero es menos odiado el crimen que la adulación y la baja.

Los que viven encenagados en el vicio, jamás pueden comprender el valor y la virtud.



Fig. 7.—Cuerpo bordado.

Fig. 8.—Cuerpo fantasía.



Fig. 6.—Toca cheirel.

El lenguaje de los timbres postales.

La posición de las estampillas en el sobre quiere decir lo siguiente:

En la esquina derecha, arriba, y el timbre derecho: Deseo tu amistad.

Esquina derecha, arriba, timbre al revés: Ya no escribas más.

Esquina derecha, arriba, timbre acostado: Escríbeme inmediatamente.

Esquina izquierda, arriba, timbre derecho: Te amo.

Esquina izquierda, arriba, timbre al revés: Quiero á otro.

Esquina izquierda, arriba, timbre acostado: Todo marcha bien.

Esquina derecha, de abajo, timbre derecho: Tu amor me hace feliz.

Esquina derecha, abajo, timbre al revés: No vales nada.

Esquina derecha abajo, timbre acostado: Me hiciste enojar.

Esquina izquierda, abajo, timbre derecho: Premiaré tu fidelidad.

Esquina izquierda, abajo, timbre al revés: He probado tu amor.

Esquina izquierda, abajo, timbre acostado: Déjame sólo en mi dolor.

En medio de la orilla superior: Silencio.

En medio de la orilla inferior: No me ocultes nada.

En una línea con el apellido, timbre derecho: Acepta mi cariño.

En una línea con el apellido, timbre al revés: Tengo mucho anhelo para tí.

Es malo leer estando acostado, porque se congestionan los ojos y se someten los músculos del ojo á un trabajo excesivo.

Es malo leer en el ferrocarril, andando el tren, el movimiento hace trabajar demasiado á los músculos fijadores del ojo.

Es muy malo emplear espejuelos que tengan vidrios de números no adecuados á la vista.

BARNIZ NEGRO IMPERMEABLE

Los tres cuerpos que entran en la preparación son tanino, alquitrán y per sulfato de hierro, resultando el barniz más ó menos reluciente é impermeable, según sean las proporciones de estos tres ingredientes que se mezclan en una vasija á propósito sometida á la acción del calor.

Se aplica este barniz en caliente, á manera de pintura, sobre el papel de embalar, sobre la madera, lona y en general á todo lo que convenga hacer impermeable.

El que no toma consejo de los más entendidos, se expone á errar.

Los insultos de los necios, son como los ladridos de los canes á la luna.



Fig. 10.—Frock blanco para niña de 6 á 7 años.

LOS OJOS.

Nuestros ojos es preciso preservarlos de la acción del viento, del polvo y del humo.

No debemos pasar repentinamente de una habitación candente á una atmósfera fría.

No debemos abrir los ojos bajo el agua, sobre todo en el baño salado.

No debemos mirar fijamente una luz fuerte, como la luz eléctrica.

No debemos forzar la vista leyendo ó cosiendo con una luz insuficiente.

Si los ojos están inflamados no debemos lavarlos con agua cruda, lo mejor el lavarlos con agua previamente hervida y algo caliente.

El reposo es uno de los factores más importantes en el tratamiento higiénico de los ojos: reposo de los ojos, reposo del cuerpo, reposo del espíritu.

Los borrachos pierden la vista muy pronto ó su mal es casi siempre incurable; se quedan ciegos y degradados.

Es preciso no ponerse á leer con luz pálida ó crepuscular.

La luz para leer, escribir y coser debe llegar por el lado izquierdo.



Fig. 9.—Frock para niña de 10 á 12 años.



Fig. 11.—Frock de foulard para niña.

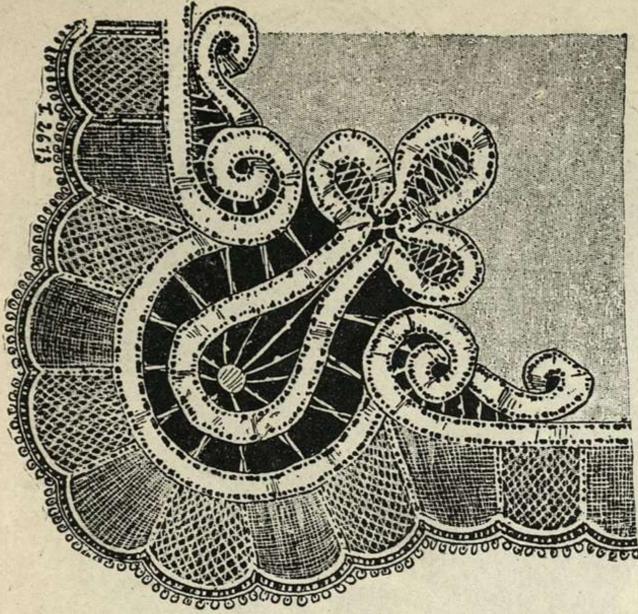


Fig. 13 - Angulo de pañuelo.

Nuestros Grabados.

FIG. 1.—TRAJE DE LUTO PARA CALLE.

Es de surah negro formando una gran veste ceñida graciosamente por un lazo de tafetán negro. Un yoke redondo, hecho de surah negro y bordado, luce al rededor de los hombros, mostrando una doble fila de ruches de surah. Al rededor del cuello hay otro doble ruche de surah formando un ancho ruff. El cuerpo es de brocado surah tan transparente que muestra el doublee que es de satín ligeramente asalmonado. No hay un solo botón en la toilette. Una de las grandes particularidades de ésta, nótase en las mangas hechas de surah negro pleno, en acordeón y cayendo amplias y luengas de los hombros.

FIG. 2.—TOILETTE DE VISITA PARA SEÑORITA.

Modelo en crepé de china gris plata, bordado de seda negra.

La espalda y el frente del corpiño, están guarnecidas de una especie de plastrón.

Crepé de china bordado de cadenilla que forma espaldas.

Los bordes de ese plastrón están cortados en festones de terciopelo: sobre un bordado de tejido, simulando un doble plastrón.

El tablero de la falda continúa la guarnición del corpiño. Esta falda está tallada en forma.

FIGS. 3 Y 4.—DOS MODELOS DE PEINADOS.

Damos bajo estos dos números dos modelos de peinados de suma elegancia y de alta novedad.

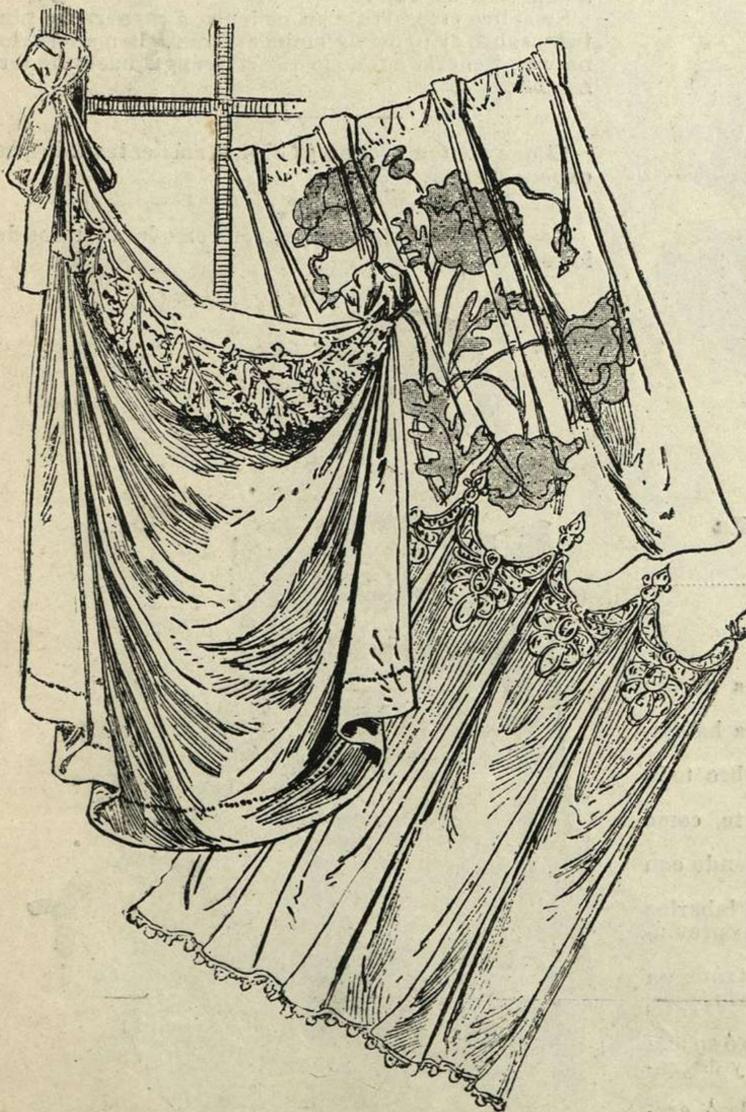


Fig. 15.—Pequeños cortinajes llamados "Misterio."

FIG. 5.—TRAJE DE CALLE.

Es de alpaca azul, con gran aplicación de tafetán escocés en la parte inferior de la falda unida a ésta por cinta de tafetán. Jaquet fantasía con reminiscencia de bolero, grandes solapas doublé de dril de lino finísimo. Chaleco de lino también y camisa de batista acordeonada. Gran corbata de raso negro y collar de muselina de seda. En las mangas, muy justas, aplicación de escocés como el de la falda, hasta el antebrazo.

FIG. 6.—TOCA CHEIREL.

Toqueta de tissú de seda rosa tierno con fondo bérét, rodeado de una drapería muselina del fondo en que está retenida por una tortuga de strass. A la izquierda la drapería forma torsales al rededor de una pluma blanca y rosa.

FIG. 7.—CUERPO BORDADO.

Es todo blanco, con grandes guías y cintas ondulantes. Solapa fantasía que se abre sobre una camisa de batista acordeón que muestra una encantadora corbata de seda ribeteada de ligeros volantes. El jaquet se cierra por un cinturón de piel de Suecia.

FIG. 8.—CUERPO FANTASÍA.

Está hecho en combinación con batista azul pálido bordada y muselina de seda azul. El bordado forma el corpiño y gran parte de las mangas. Usándose la muselina para los pufs y el plastrón y ascendiendo hasta formar un collar recto.

FIGS. 9, 10 Y 11.—TRES TRAJES PARA NIÑAS.

Damos, comprendidos en estos tres números, tres encantadores modelos para niñas. El número 9 es un lindo frock de challi, blanco y rojo, figurado con un plastroncito de muselina de seda acordeón y jockeys ribeteados de blonda. Está ceñida por un cinturón de satín. El número 10 es de nansú, con cuerpecito blusa y un elegante joke con aplicación de cinta bordada. En cuanto al número 11 es todo de fulard, con plastrón de guipure y galones en forma de cuadrados que corresponde a aplicaciones de guipure. Elegantes jockeys y abullonados en los hombros y en el centro de las mangas, manguetas de muselina con aplicación de galón de seda. Cinturón de satín con un gracioso lazo a la izquierda.

FIG. 12.—TRAJE DE PASEO.

Es de granadina, á líneas ondulantes, alternada en la falda y el cuerpo por galones de blonda paralelos. El cuerpo muestra un plastrón pleno de falla blanca con radios puntados, collar de lo mismo, puntado también, una aplicación de blonda une el corpiño al plastrón.

FIG. 13.—ÁNGULO DE PAÑUELO.

Es de encaje y se ejecuta con lacet inglés.

El dibujo está reproducido sobre papel ó sobre una tela encerada y se arregla el lacet siguiendo los contornos.

Unense los diversos motivos con bridas; consolidanse todas las partes del dibujo con mucha limpieza y cuidado, después se retira el boidado del papel ó de la tela encerada, se aplica cada ángulo sobre el cuadrado de batista preparado para el pañuelo y se guarnece de linda blonda de hilo.

FIG. 14.—BOLSA ELEGANTE.

El número catorce representa la bolsa completa. El fondo es de cartón recubierto de seda drapeada. La bolsa está hecha de satín doublé de la misma seda. Se hace esta bolsa más alta y más larga que el fondo, para darle la amplitud necesaria.

La parte superior está extendida pero se forman pliegues en la parte baja. Como guarnición lleva un torsal de cinta en la parte alta y un volante de bloma y un aconchado en los costados. Los lazos son de cinta y hay tres nudos de la misma cinta mezclados con la guarnición.

FIG. 15.—PEQUEÑOS CORTINAJES LLAMADOS "MISTERIO."

La moda de los pequeños cortinajes "misterio" cada día está más en privanza y todos se ingenian para variar los modelos.



Fig. 12.—Traje de paseo.

He aquí tres combinaciones muy lindas.⁷ La una es un cortinaje de seda japon cruda con blonda incrustada.

La cortina está drapeada á la izquierda bajo un nudo de cinta. El segundo modelo es de muselina Liberty, con un hermoso dibujo.

El tercero es plissé á pliegues redondos y guarnecido de una incrustación que forma dientes.

En la punta de cada diente hay un anillito dorado.

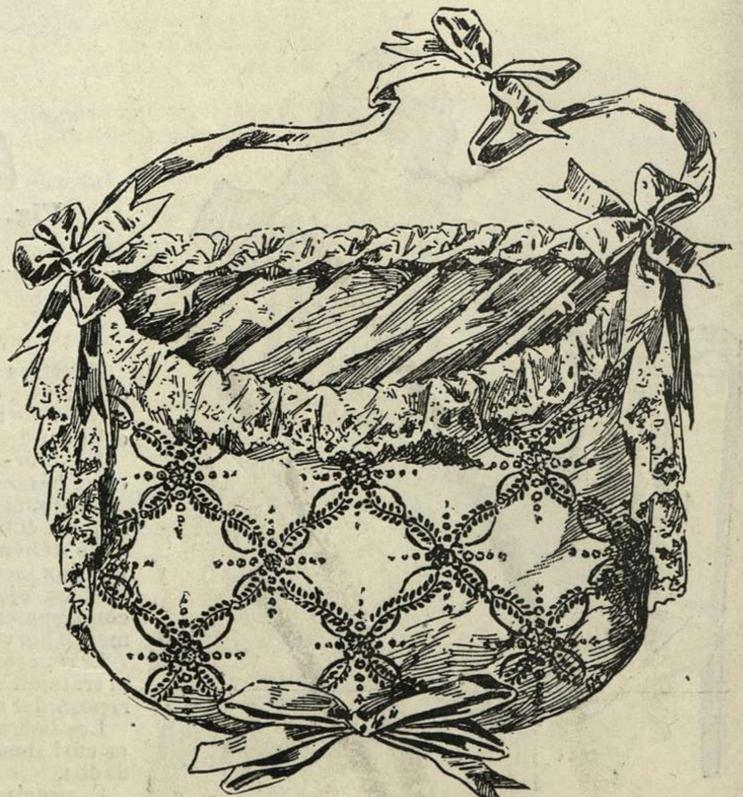


Fig. 14.—Bolsa elegante.